R-9110

Antonio Machado y Alvarez

Artículos varios

MADRID
Librería de Victoriano Suárez
Calle de Preciados, 48

1904

ÍNDICE

	Páginas.
El Rosario	1
Las Narices	7
El Diamante y el Carbón	13
El Bautismo de los salvajes	21
El Santo Estiércol	27
El Bu	33
O los médicos ó los santos	39
La estación de los pobres	47
El Adán de la Tradición	51
El Adán de la Ciencia	57
A los piés de V	65
Las pajaritas de papel	73
Cámbiame esas tres motas	79
La aguja	87
El Aventador	95
El Poeta Juan del Campo	103

EL ROSARIO

Cincuenta damas
y cinco galanes,
ellos piden *pan*
y ellas piden *aves*.
(*Adivinanza popular.*)

Pero, señor, ¿quiénes son estas damas y estos caballeros tan mal criados y pedigüeños todos, que no parece sino que les ha hecho la boca un fraile? ¿Quiénes son estas ilustres ascendientes del célebre Perico Manguela, que no ya por parejas, como las Hermanitas de los Pobres, sino en pelotones de á cincuenta y acompañadas de galanes, se lanzan por esos mundos de Dios á pedir *aves*, aun en los mismos días de Semana Santa, época dedicada por la Iglesia Católica á la penitencia y al ayuno?

Hé aquí dos preguntas que hubieran podido ocurrirse á alguna de mis discretas lectoras, si en el epígrafe de este artículo no me hubiese apresurado á declarar la solución de la adivinanza que lo encabeza. Por dicho título sabéis que se trata de las cuentas del rosario, y que las aves á que en aquella ingenua producción popular se alude no son de las de *carne de pluma* que, según el refrán, *quitan del rostro la arruga*, sino Aves-

Marías. Del rosario, por tanto, y de sus cuentas, voy á tratar hoy con la brevedad posible.

* * *

La India, cuna de casi todos nuestros cuentos de encantamento y de otras muchas cosas, ha sido también cuna del rosario, cuyo uso propagó en España, por indicación de la Virgen Santísima, Santo Domingo de Guzmán, caballero nacido en Caleruega, pequeña villa de Castilla la Vieja. No indican las crónicas consultadas si el santo castellano entendía el sanscrito ó conocía las costumbres asiáticas; pero muy fácil y naturalmente se colige que debió conocerlas por las indicaciones del abate Fleury, autor de la *Historia Eclesiástica*, el cual sostiene que Pedro el Ermitaño, anterior en dos siglos á Santo Domingo, había tenido ocasión, al predicar la primera Cruzada, de conocer en Oriente y transportar á Europa el uso del rosario, que los indios llamaban *djepian*, palabra derivada á su vez del vocablo *djepa*, que significa *rezo*.

Fué el rosario en la India, no sólo de plata, oro, piedras preciosas y de marfil, que eran los más comunes, sino de flores delicadísimas, que se marchitaban al ser tocadas. De esta poética costumbre puede provenir también el nombre latino, italiano y español, *rosarium* y *rosario*, procedente á su vez de la palabra *rosa*, flor que con facilidad se aja y marchita; mas, sea de esto lo que quiera, lo que está fuera de toda duda es que el rosario procede de la India, que su principal propagandista en España fué Santo Domingo, y que Cristo, los apóstoles, los mártires, y en general los fervientes cristianos de los diez primeros siglos, no creyeron necesario llevar á la divinidad la cuenta de las oraciones que le rezaban ó de las súplicas que le dirigían.

Del rosario, cuya curiosa historia no cabe desenv-lo ver aquí, se abusó mucho en el siglo XV. ¿De qué no se

abusa en este pícaro mundo? Las damas francesas de la vida airada desplegaron tal furor por llevar rosarios lujosos y de mucho precio, que el célebre predicador Olivier Mailler se creyó en la necesidad de censurar durísimamente desde el púlpito á las que, á título de devoción, afrentaban verdaderamente á la religión del Crucificado y ofendían el sentimiento público. Hoy el rosario ha caído casi en desuso en los países civilizados, y de su empleo en general puede decirse que está en razón inversa de la cultura y moralidad de los pueblos, que procuran, ya mucho más con obras que con pasatiempos devotos, rendir homenaje á las ideas religiosas que cada cual profesa.

* * *

Pero considerado como objeto material, ¿qué es en sí el rosario usado por los indios, los musulmanes, los católicos y los turcos, que también lo usaron con el nombre de *comboloio*? ¿Qué es en sí este instrumento de devoción, puramente asiático y pagano en su origen? Pues es sencillamente un *ábaco*, un *tanteador*, utensilios que podréis ver en cualquier escuela de instrucción primaria ó en cualquier billar. Con el *ábaco* se enseña á los niños á contar los números, con el *tanteador* llevan cuenta los jugadores de las carambolas que hacen, con el *rosario* se cuentan las oraciones rezadas. Un rosario, un tanteador y un ábaco son en el fondo una misma cosa: un instrumento para contar, instrumento derivado de las costumbres de los pueblos salvajes, que contaban por los dedos, valiéndose de la mano como de un ábaco natural. La mano, en este sentido, es un verdadero *rosario de cinco cuentas*. Cada vez que un salvaje cuenta *uno*, levanta un dedo de su mano; cada vez que un jugador de billar, por ejemplo, tirando con su bola, mete en una tronera la bola del contrario, se apunta *uno* y pasa una cuenta en el tan-

teador; cada vez que un devoto mete, si se permite la frase, un *Paternoster* en el cielo, se apunta *uno* y pasa una cuenta en su rosario. Este y el tanteador se diferencian, sin embargo, notablemente. Claro está que no es lo mismo un rosario que un taco, el cielo que una tronera, una bola que un Ave-María.

* * *

El rosario es un verdadero ábaco, pero no es un ábaco natural como la *mano*, ni un ábaco cualquiera como el *tanteador*; es un *ábaco religioso*, un *cuenta-oraciones*. El rosario no aparece en la cuna de las religiones, y es muy posterior á la costumbre de rezar, extraordinariamente difundida en los pueblos bárbaros y salvajes, para los cuales rezar es sinónimo de pedir á Dios.

¡Oh, Dios! (dicen los negros de la Costa de Oro). *Dadme hoy arroz, patatas y dinero; dadme esclavos, riquezas y buena salud; haced que sea ágil y fuerte.*

¡Oh Indra, Señor del trueno! dice una oración védica: *¡Proporcióname con mano pródiga todo cuanto nos hace falta!... ¡Dame grandes riquezas, numerosos rebaños, porque tú eres grande!*

Los musulmanes rezan:

¡Oh Alah! ¡Desata las cadenas de los cautivos, condona las deudas á los deudores, concede á esta ciudad, como á todas las habitadas por los musulmanes, seguridad, riqueza y abundancia! ¡Oh, Soberano Señor de todo lo creado, danos seguridad y salud, á mí y á todos los viajeros, á todos los peregrinos, á todos los guerreros, á todos los que andan errantes por el mar y la tierra, á todos los que son servidores tuyos! ¡Oh, Soberano Señor de todo lo creado!

Un nootka, al prepararse para la guerra, recita la siguiente piadosa oración:

¡Oh, gran Quahaootze! Concédeme que viva, que no caiga enfermo, que encuentre á mis enemigos, que no me

asalte el miedo, que los encuentre dormidos y que mate muchos, MUCHOS.

Como se ve, todas estas oraciones, todos estos rezos, que consigna el eminente Tylor en su obra *Primitive Culture*, son verdaderos petitorios dirigidos á la Divinidad. Pero estos rezos, estos petitorios, no tuvieron en un principio una forma convencional é inalterable; cada fiel pedía lo que más necesitaba, y en la manera que Dios mejor le daba á entender. Era, por tanto, imposible entonces contar las oraciones.

Más tarde, éstas se uniformaron, se reglamentaron, se redujeron á una fórmula, á un patrón, que no era lícito á los fieles alterar. Desde entonces, la religión se *mecanizó*, se hizo posible en ella el peso y la medida; si las oraciones eran las mismas, y entre ellas no había diferencia de cualidad, claro está que la devoción, en cuanto á rezos, sólo podía medirse por la cantidad y por el número. Para esto la invención del rosario y del molino de rezos.

Sobre esta base, claro está que el budista que se rezaba diez rosarios al día, ó sean mil ochenta oraciones, porque su rosario se componía de ciento ocho granos ó cuentas, era más devoto que el que sólo conseguía rezarse nueve rosarios y pico.

*
* *

Del rosario entre los católicos no me incumbe ocuparme aquí; los que profesen esta religión, que no son, á mi juicio, contra lo que se aparenta creer, la mayoría de los españoles, pueden ver en sus libros de devoción las numerosas indulgencias que se alcanzan según el rosario que se emplea, el Santo á que se dedica, y aun el lugar y la ocasión en que se reza.

El pueblo español, que en general opina que *obras son amores y no buenas razones*, parece poco amigo de

los que rezan, á juzgar por este refrán: *A la puerta del rezador, no pongas tu trigo al sol.*

Sin embargo, como el pueblo es un inmenso complejo, en él hay individuos que conceden gran eficacia al rezo del rosario. Así lo acredita esta copla de campanilleros, con que pongo fin á este ligero artículo:

Un deboto, por ir al rosario,
desde una bentana se quiso arrojá;
y ar desi *¡Dios te sarbe María!*
se jalló en er suelo, sin jaserse náa.

LAS NARICES

Chata, no tienes narices
porque Dios no te las dió:
á Roma se va por todo,
pero por narices no.
(*Copla popular.*)

No sin persignarme antes tres veces me he atrevido á estampar al frente de este artículo la anterior coplilla, que, de acuerdo con el refrán que dice: *Camino de Roma, ni mula coja, ni bolsa floja,* parece como dar á entender que tan poderoso caballero es D. Dinero en la capital del orbe cristiano, como en esta tierra clásica del garbanzo y de la mojigatería.

El pueblo español, autor, á no dudarlo, del mencionado refrán, que comentó, entre otros, el docto académico de la Lengua Sr. Ferrer del Río, en su discurso de contestación al del inolvidable García Gutiérrez; el pueblo español, que ha consignado en una multitud de formas tan prodigiosa que recuerda el maravilloso polimorfismo de los seres naturales, el pensamiento de que *el dinero todo lo allana*; el pueblo español ha puesto en la copla un límite al poder del oro, y ¿á qué no decirlo, puesto que es él quien habla? á la codicia de la Iglesia.

Con dinero, llevando la bolsa bien repleta, en Roma lo encontraréis todo; llanos serán allí para vosotros los montes que juzguéis más inaccesibles: hay algo, sin embargo, que en balde buscaréis allí; algo que en vano pediréis al dispensador de todas las mercedes en la tierra; algo que vale más que todas vuestras riquezas y que todo el oro encerrado en las minas de California: *unas narices.*

Las narices, sí, bellísimas lectoras, las narices, para las cuales no tenéis ni un sentimiento de gratitud, ni un recuerdo en vuestras oraciones. En las que rezáis por las noches y al levantaros, pedís fervorosamente á Dios el pan de cada día; jamás se os ha ocurrido pedirle que os conserve lo que os ha concedido como un beneficio aún mayor. Por vuestros cuartos, el panadero se halla dispuesto á daros todo el pan que le pidáis; aun de fiado, os lo suministrará por algunos días. Las narices... ¿en dónde encontrariais vosotras unas narices fiadas?

En ellas os ha concedido la Naturaleza, ó Dios si os gusta más esta palabra y queréis que me ciña á los propios términos de la copla, un bien inapreciable. Por ellas, no sólo penetra el aire en vuestros pulmones, y los vivifica, y oxigena vuestra sangre, y hace latir rítmica y acompasadamente vuestro corazón, sino que se templan los rigores del frío, indiferente á vuestra juventud y á vuestra belleza. Si en Guadarrama tenéis despiadados enemigos que os acechan para heriros de muerte cuando estéis más descuidadas, en vuestras narices tenéis siempre en cambio una amiga leal, una de esas amigas que no se encuentran ya en el mundo ni por un ojo de la cara. Apretad vuestras narices con las delicadas yemas de vuestros dedos, y con la boca también cerrada permaneced así por un par de minutos, y os daréis cuenta de lo sincero de su amistad; y sin em-

bargo, ni el mismo pueblo, que tantos piropos ha prodigado al talle y á los ojos de las mujeres hermosas, tiene apenas un modesto requiebro para vuestras narices. Tan notable injusticia recuerda los intencionados versos de Quevedo:

¿En qué pecaron los codos,
que ninguno los requiebra?

Las narices, mediante las que recibís en la debida proporción un alimento aún más indispensable que el pan, es para vosotras fuente de goces inapreciables. Mediante ellas, las flores os regalan sus exquisitas esencias, la esencia de su ser. ¡Cuánto vago deseo, cuánto sentimiento ardiente, cuánto delicado pensamiento no habrá despertado en vosotras alguna vez el enérgico olor del azahar y del jazmín, el fuerte pero delicado de la magnolia y la diamela, y el perfume suavísimo del clavel y la rosa! ¡Cuántas veces la maceta de nardos que hermosea la miserable bohardilla de la costurera no habrá conseguido redimirla, siquiera por un rato, del mundo de malos olores á que la condenan la falta de cultura higiénica de nuestros gobernantes y la codicia del propietario del nicho anticipado en que su pobreza la aprisiona!

Las narices constituyen, por lo demás, un símbolo distintivo de las razas: si los negros pudieran ser convertidos en blancos, ó los blancos en negros, como en España acontece, aún se distinguirían unos de otros, y todos de las razas amarillas, por la hechura de sus narices. Los viajeros europeos que en la Edad Media visitaron la Tartaria, aseguran que encontraron allí un pueblo de individuos que no tenían narices, y sí sólo, en vez de ellas, dos agujeros ú orificios para respirar. Como la aguja señala al Norte ó la veleta al viento rei-

nante, las narices señalan siempre á las naciones de mayor cultura.

Por sus condiciones morales, las narices son dignas de toda nuestra consideración y respeto. Indómitas, altivas é independientes con los de fuera, son sumisas, dóciles y obedientes con los de casa. Ellas, que no aguantan ancás de nadie, se prestan gustosas á servir de caballete ó sostén á los soberbios y empachosos lentes con que procuramos combatir los rigores de la miopía ó la presbicia. Ellas, que saben advertirnos y separarnos de verdaderos peligros, nos sirven de fieles lazarillos para conducirnos adonde mejor guisan; sin narices no habría policía como la inglesa ó norteamericana; sin buenas narices no habría noticieros políticos.

La pluma, las tijeras y las narices son armas más certeras y de mayor alcance que el fusil de aguja y que el cañón Armstrong. Ellas, á no dudarlo, conseguirán triunfos mayores que los alcanzados por los ejércitos de Jerjes y Darío en la antigüedad, y los de Napoleón y Moltke en los tiempos modernos.

Las narices son aún más que esto, son una de las facciones más genuinamente progresistas que se conocen: sin narices Sagasta *en la oposición* resultaría inconcebible; ellas (las narices, no el Sr. Sagasta) han logrado emanciparse hace mucho de sus antiguos tiranos; las pobres orejas, más humildes, llevan todavía en sus incisiones las indelebles huellas de su pasada vileza. Los zarcillos, aun siendo de piedras preciosas, son reliquias evidentes de servidumbre y salvajismo. La tontería menor á que, siendo de mucho precio, corresponden, es al deseo de llevar la hucha en las orejas. Las narices hace ya tiempo que sacudieron el yugo de la fatuidad, no menos triste y degradante que el de la esclavitud. Ya sólo llevan pendientes en las narices, ó

en el labio inferior, tribus tan salvajes como las de los Botocudos.

La civilización, representada por el pueblo egipcio en la historia antigua, y por los países del Norte de Europa y de América en la edad moderna, está llamada á suministrarnos una multitud de conocimientos hoy, merced al poco estudio y cultivo del sentido del olfato, perdido en las brumas del sentimentalismo y las idealidades. En todas las grandes percepciones entra por mucho el tener buena nariz; si el microscopio y el micrófono nos han descubierto mundos superiores al que encontró Colón buscando un camino más corto para las Indias, las narices están llamadas á revelarnos también otro mundo, no de milagros fingidos y de pacotilla, sino de verdaderos portentos naturales. Por el telescopio y el microscopio somos hoy realmente superiores al águila; por el vapor y sus aplicaciones volamos más que el pájaro y nadamos mejor que el pez. Tan sólo el perro pachón, olfateando el rastro de la perdiz en el aire, se burla de la ciencia, que aún no ha inventado unas narices de tan poderoso alcance como las suyas.

Estudiemos, por tanto, nuestras narices, bien inestimable que debemos á la Naturaleza, y que estamos obligados á reconocer, amar y respetar. No hacerlo así; conceder exagerado valor á lo que nada vale, y no reconocérselo á lo que realmente lo tiene, equivale á vivir como estamos viviendo en todas las cosas; esto es, *sin saber adónde tenemos las narices.*

EL DIAMANTE Y EL CARBÓN

Advertiréis, lectoras, en este artículo algunas inconexiones: no os extrañe. Manuel está loco y él me ha inspirado este artículo. Pero permitidme que os diga dos palabras acerca de la locura de Manuel.

Manuel es un gran amigo mío. Dotado de un corazón generoso y de clara inteligencia, entró en la vida con todo el entusiasmo, con todo el ardimiento de los caracteres nobles y varoniles. No ignoraba que la vida era lucha, pero creía que era lucha abierta, franca, leal; que los combatientes peleaban sólo por alcanzar la victoria; que éstos no podían nunca proponerse otro objeto que derribar lo malo y enaltecer lo bueno.

Con esta convicción, no diré que empuñó su tizona y embrazó su escudo, pero sí que se presentó en el palenque á pecho descubierto, con la visera levantada y proclamando en voz alta cuál era la señora de sus pensamientos. Ignoraba que había puñales y ponzoñas en el mundo, y, juzgando del corazón de los demás por el suyo propio, entró de lleno en la lid á reclamar el puesto á que por su energía y su elevación de ideas era seguramente acreedor. Con estos antecedentes, inútil es decir que Manuel pagó con amargos desengaños su ex-

ceso de nobleza; niño, como lo somos todos antes de ser hombres, las malas artes de sus enemigos amargaron los delicados sentimientos de su corazón y sembraron en su inteligencia los gérmenes de un escepticismo cruel respecto de los hombres. Naturaleza enérgica, sin embargo, se afirmó y ratificó en sus ideas de siempre, uniendo á sus convicciones una nueva y tristísima. Todos los hombres son malos por naturaleza; el que no lo es lo andan buscando, como decirse suele: *homo homini lupus*, que dijo el filósofo. Este pensamiento, profundo sin duda, pero, en mi opinión, tomado en absoluto, equivocado, le hizo prorrumpir un día en esta hermosa frase:

Me carga el personal del siglo XIX.

Encastillado en su idea, Manuel, naturaleza propensa al bien, sostenía consigo mismo ruda batalla. Al conocer á cualquiera, pensaba:—Este hombre es bueno; ninguna de sus acciones indica lo contrario.—Sin embargo—le decía su idea—no juzgues de ligero: atiende, repara, observa, *desconfía*; si Fulano fuera bueno, tu pensamiento sería equivocado; los hombres no serían malos por naturaleza.

Después de todo, bellísimas lectoras, como Manue era inteligente y no iba ni con mucho completamente descaminado, la vida se encargó de afirmarlo más y más en su convicción; de cada cien objetos que á primera vista parecen de oro, noventa y nueve y medio son de *doublé*. Manuel ha concluído por no tener con la sociedad más que el trato absolutamente indispensable. Aislado, casi solo, sin más amigos que el que escribe este artículo y quizás con una lesión del corazón, ha dado en una singular monomanía: la de buscar sus amigos en los seres inanimados.—A los hombres—me decía ayer—les sobra el alma para poder dar de sí el preciado fruto de una buena amistad; en el alma humana anida

un gusano que la hace imposible: *el amor propio*. La amistad es un afecto más noble que el amor sexual, porque depende menos de sentimientos egoístas. El afecto de los esposos y el de los padres á los hijos son los afectos más complejos y sublimes, porque participan juntamente de los caracteres del amor y de la amistad. Quien desee encontrar amigos, acuda al reino inorgánico á buscarlos. En los llamados cuerpos simples y compuestos, no organizados todavía con un alma que los eche á perder, están los amigos mejores. De hoy más, mis libros serán los tratados de Química y Mineralogía. En ellos, mejor fuera decir en la Naturaleza, guiado por ellos, buscaré mis amigos.

¿Habrá con esto necesidad de decir á mis lectoras que Manuel tiene un principio de locura y que ya está dedicado con afán á estudiar Química?

Mi amigo estudia ahora el carbono, al cual, preocupado todavía con su idea acerca de la malicia humana, ha bautizado con el nombre de *el amigo de los cien disfraces*.

—¿Por fin has encontrado un amigo?—le pregunté ayer tarde.

—¡Vaya si le he encontrado!—me contestó con afectuosa sonrisa.—¿No te lo tengo dicho? Sólo D. C. me ha proporcionado cinco ó seis, y todos de *buten*, á cual mejores.

—¿Quién es D. C.?

—¡Hombre! ¿No sabes quién es D. C.? Pues es *el amigo de los cien disfraces*, el *Carbono*, á quien los químicos llaman C., acaso para que yo no lo conociese; pero ¡anda, que ya se lo dirán de misas á los químicos!

—¿Y qué amigos son esos que te ha presentado don C.?

—¡Pues ahí es nada lo del ojo y lo llevaba en la mano! Al Sr. Salamandra, al hombre de las tres cha-

quetas, al mozo de Velázquez y al criado de Guttenberg.

—Perfectamente. ¡Como no digas más, estamos enterados! ¿Y se puede saber dónde viven esos caballeros?

—Según y como me hagas la pregunta, porque estos señores tienen muchas casas. Ningún *conservador*, ni aun los que ponen las fincas que compran á nombre de otros y en poblaciones distantes de las en que viven, para que malas lenguas no atribuyan á peores artes lo que es producto legítimo de sus ahorros y de sus afanes por la prosperidad del país, tienen más casas que estos poderosos amigos míos. *El criado de Guttenberg*, sin ir más lejos, vive en las imprentas y en tu propia casa. Búscalo y lo encontrarás.

—En mi casa no hay criados, hijo, ni criadas; por no haber, ni doncellas; una que había dejó de serlo hace muchos años, pues decía que ya no le gustaba aquel estado y que no merecía la pena de conservarlo. ¡Mira tú para que el criado de un señor de tantas campanillas como Guttenberg fuera á mi casa!...

—Pues te digo que vive, y no sólo vive, sino que te diré hasta dónde duerme: duerme en la cocina de tu casa, muchas veces con tu cocinera.

—¡Manuel!...

—¡No hay Manuel que valga! ¡Bueno está que te enfades conmigo! *El criado de Guttenberg* es una forma del carbono que los químicos llaman *negro de humo*: el criado de Guttenberg es el hollín de la chimenea, y yo le llamo así porque con él se hacen las tintas de imprenta.

—¡Acabáramos! ¿por qué no le llamaste hollín?

—Para que no me entendieras. En algo se ha de conocer que yo estudio química y tú no. ¿A que no sabes tampoco quién es *el mozo de Velázquez*?

—Claro está que no.

—*El mozo de Velázquez* es también mozo tuyo y mozo mío, y hace más mandados al día que cualquier mozo de la estación central. Sólo que á Velázquez lo quería bien y le servía mucho mejor que á ti y á mí. ¡Como que á él lo inmortalizó! El mozo de Velázquez es el lápiz ó *plombagina*, una variedad del *grafito*, el cual es á su vez otra variedad del carbono, C., según te he dicho que le llaman los químicos. El *lápiz* y el *hollín* son la misma sustancia. ¿Estamos?

—Sí, lo entiendo. Ya sé, por ejemplo, que la *nieve* con que se hace el sorbete, el *agua* que echo en la palangana en que me lavo, el *vapor* que impulsa la locomotora, son estados diferentes del mismo cuerpo; pero todavía con esto no acierto á adivinar quiénes son esos amigos á quienes tú llamas el *Sr. Salamandra* y *el hombre de las tres chaquetas*.

—*El Sr. Salamandra*, habrás advertido que le llamo *señor*, es un caballero de *ringo-rango*, personaje elevadísimo, y cuya visita solicitan con empeño las damas de la más elevada aristocracia. Mora en los templos y en los regios alcázares; tiene apellidos tan ilustres como el de *Regente*, *Estrella del Sur* y *Koni-noor*, con cuyos títulos ha llamado la atención en la Exposición de Londres y en la Academia de Ciencias de París. De brillo deslumbrador, su compañía es solicitada por todos los grandes de la tierra; festejado y agasajado por donde quiera que va, no hay banquete ni festín regio en que no se encuentre; baila siempre con las reinas y las emperatrices el primer rigodón, y más tarde, no te asalte la envidia, más tarde, cuando la música cesa, y las gentes se alejan, y las luces se apagan, y las emperatrices, mujeres también, rendidas al cansancio, se retiran á la regia alcoba, Salamandra, que estrecha su mano, y que ciñe su brazo, y que oprime su talle, y murmura palabras en sus oidos, y abraza su cuello, y

ve encantos que ni aun el impudente escote nos permite gozar...

—No digas más. *Salamandra* es el *diamante*; feliz has estado al bautizarle; sólo un ser tan duro y tan frío podría sufrir, sin arder ni derretirse, el contacto del seno de una mujer hermosa. Salamandra debe ser tu mejor amigo; es tu ideal; un ser incombustible; un ser sin alma.

Al terminar estas imprudentísimas palabras, Manuel se levantó como movido por un resorte, y, con los puños crispados y desencajados los ojos, me dijo con voz enronquecida por la ira:—Nunca en mis días será el diamante mi mejor amigo; adulador de tiaras y coronas, espejo de la vanidad, padre de la prostitución, galeoto de la lascivia, duro tan sólo y frío con los que reconocidamente son débiles, jamás podrá merecer mi afecto como *el hombre de las tres chaquetas*. Has querido ofenderme, y aquí la broma y las adivinanzas concluyen. *El hombre de las tres chaquetas* es *el carbón*, que, si como dice el pueblo, engalana de verde los bosques y praderas, pasea de negro por las plazas y mercados, y, ardiendo en el hogar, viste la alegre garibaldina, al enrojecerse de ira en la caldera de la locomotora, redime á los esclavos y borra las fronteras. No, nunca en la vida preferiré la amistad del aristocrático diamante á la del oscuro y desdeñado carbón. El diamante, como el carbón, y el grafito, y el hollín, y la antracita, y la hulla, son exactamente lo mismo: *formas diferentes* de una misma cosa, del *Carbono*, á que los químicos llaman *C* para mayor brevedad. Pero entre estas diversas formas del carbono, del que antes llamé el *amigo de los cien disfraces*, la menos útil es el diamante, bueno cuando más para adornar la tiara del Papa y la corona de los santos. Con el lápiz dibujó Velázquez sus cuadros inmortales; con el negro de humo se imprimieron el

Quijote y los dramas de Shakespeare; con el carbón, en sus múltiples formas, se mueven y funcionan toda clase de máquinas y arden los hogares de todos los pueblos; el carbón es más duro que el diamante, porque sufre todos los trabajos, y más puro, porque no vacila en sacrificarse por todos; su luz es más intensa que la del brillante, porque, al consumirse, se está transformando en luz de inteligencia que ya arbitra los medios de sustituirlo cuando espire rendido por su grandiosa obra. Mi amigo será decididamente *el hombre de las tres chaquetas*. El Sr. *Salamandra* es, no obstante su riqueza aparente, el más pobre de los hermanos. El carbón vale más que el diamante, que es sólo imán de bobos, espejo de necios, carbón que no calienta.

EL BAUTISMO DE LOS SALVAJES

Un rey le pidió á un criado
lo que en el mundo no había,
y el criado se lo dió
y él tampoco lo tenía.

(*Adivinanza popular.*)

No temáis, discretas lectoras, por la anterior adivinanza, en que se alude á Jesús y á San Juan, que vaya á hablaros en este breve artículo del bautismo entre los católicos: esto sería para vosotras y para mí soberanamente aburrido. Os hablaré del bautismo, sí, pero del bautismo entre los pueblos salvajes, tal como lo practican hoy y lo practicaban algunos, antes de conocer el cristianismo.

De dos modos limpiaban los hombres primitivos á los objetos y á las personas: ó por medio del fuego ó por medio del agua, esto es: sahumándolos, cuando no reduciéndolos á ceniza, ó lavándolos.

Del primero de estos sistemas procede la palabra «purificación», derivada del vocablo griego πῦρ, que significa fuego, y trasladada hoy de su primer sentido, completamente natural, al sentido metafórico en que la empleamos. Todos sabemos ya que tomar una *purga*

(voz derivada también del griego νρ) tiene por objeto limpiar el estómago; pero no limpiarlo por medio del fuego, sino mediante la benéfica acción que produce en el tubo digestivo la combinación química que se efectúa entre la droga empleada y los jugos gástricos. Las palabras *purificar* y *limpiar* son ya sinónimas; pero la idea de fuego, que la primera implica, ha perdido su valor, y hoy podemos decir, sin que nadie nos censure, purificar por medio del agua, lo cual, etimológicamente, resulta un disparate. Hoy decimos que *purifica* todo lo que limpia, y hablamos de *pureza* de intenciones como de la cosa más natural del mundo. Así no es de extrañar que los salvajes, para purificar á las personas, hiciesen y sigan practicando ciertas ceremonias, que consisten en zambullirlos en el agua ó en rociarlos con ella. ¿Qué idea más sencilla, ni natural, ni primitiva que la de lavar á uno para ponerlo limpio? La prueba más evidente, dice el eminente Tylor, de que estos hechos, que con el tiempo se transformaron en símbolo y adquirieron carácter religioso, tuvieran en un principio un objeto completamente práctico, es que hoy mismo se refieren á épocas de la vida en que la limpieza se impone como necesaria; así, por ejemplo, vemos la purificación ó el lavado del niño recién nacido, la de la madre después del parto, y la del homicida que ha derramado sangre. Los mismos monos acuden á los ríos á lavar á sus hijos poco despues de nacer.

La primera de estas purificaciones se presenta en multitud de formas en las razas que ocupan los más ínfimos niveles de la civilización, y en algunas, como los isleños de Kithtack, el lavado va acompañado del acto de poner un nombre al recién nacido, pero sin unir á esta ceremonia idea religiosa de ninguna especie. Los yumanes del Brasil rocían al niño con un cocimiento de ciertas yerbas en el momento en que se tiene de pie,

y le ponen el nombre de uno de sus antepasados. Las tribus Jackuns, de la península Malaca, llevan el recién nacido al río ó arroyo más próximo, y allí lo bañan y lavan, trayéndolo después á su casa y haciéndolo pasar muchas veces sobre las llamas de maderas olorosas quemadas al efecto, no de otro modo que la madre española recién parida sahuma con alhucema su habitación y las ropas del tierno infante.

El bautismo de los niños entre los habitantes de la Nueva-Zelandia no es una costumbre de hoy, sino que le consideran como un rito antiquísimo, llegado hasta ellos por la tradición. Mas, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el bautismo, que desempeña un importantísimo papel en el culto indígena, se verifica en los pueblos del novísimo continente el octavo día después del nacimiento, al borde de un torrente ó manantial, en una forma bastante curiosa. El sacerdote rocía con agua al niño con la ramita de un árbol, que le sirve de hisopo, y luego que lo ha sumergido por completo en el trasparente líquido, lo bautiza, para lo cual hace una larga lista de nombres de los antepasados de la criatura, deteniéndose en el que está pronunciando cuando aquélla da un estornudo. Esta ceremonia va acompañada de formulillas rimadas, en las cuales se exhorta al guerrero futuro á encolerizarse con frecuencia, á saltar con agilidad, á saber burlar las lanzas enemigas, á ser industrioso y de ánimo esforzado y á trabajar desde la aurora. Años más tarde, el niño recibe un segundo bautismo, ó especie de *confirmación*, que le permite ingresar entre los guerreros de su tribu.

En Africa, indica también el autor inglés de que tomo estos datos, se emplean notabilísimas ceremonias bautismales. Los habitantes de Sahara son lavados con agua consagrada á los tres días después de nacer. Cuando el *mandingo* tiene una semana, le cortan los cabe-

llos, y el sacerdote lo toma en sus brazos, implorando toda clase de bendiciones para él, hablándole al oído como quien le dice recaditos, escupiéndole tres veces en la cara y proclamando su nombre en presencia de los circunstantes.

En Guinea no se limitan, como en Europa, á dar á la familia y á los conocidos *el parte de nacimiento*, sino que anuncian éste públicamente paseando por las calles al recién nacido: el jefe de la ciudad, ó alcalde que diríamos hoy, pide á su Dios para el nuevo ciudadano toda clase de venturas, y muy especialmente, y á la verdad que en esto no parecen salvajes, lo que nosotros llamaríamos salud y pesetas. Los amigos imitan el ejemplo de su jefe, y rocían al angelito hasta dejarle enteramente hecho una sopa.

De estos sencillos datos, que no cabe ampliar y desenvolver aquí, se desprende que el bautismo, elevado á sacramento entre los católicos, es entre los salvajes una ceremonia religiosa que pudiera llamarse una *ducha mística*, la cual tuvo su origen en el sencillo y na turalísimo deseo de limpiar al que estaba sucio.

La idea, y aun el hecho de la limpieza por medio del agua, cuyo carácter religioso llega al sumo en las abluciones sagradas de los mulsumanes, se ha desenvuelto, como todas las cosas en el mundo, en dos opuestas direcciones: una de utilidad práctica y otra de carácter puramente simbólico y sobrenatural. La *Higiene*, ciencia de tanta importancia que su serio cultivo nos da hoy quizá la mejor norma de la civilización de los pueblos, ha utilizado las abluciones, esto es, los baños y las duchas, y en suma, la limpieza corporal constante por medio del agua, como uno de los mejores preservativos contra ciertas terribles afecciones de la piel, ya casi extinguidas. Y la misma medicina hace

sabias aplicaciones de las abluciones totales ó parciales á la hidroterapia, con cuyo método se curan no escaso número de enfermedades.

En cambio, la idea primitiva y verdadera de que el agua limpia el cuerpo y los objetos materiales, idea cuyo desenvolvimiento ha producido tan excelentes resultados en la ciencia y en la industria, aplicada al espíritu ha dado origen, no ya á bromas tan pesadas como la llamada *bautismo de la línea*, sino á multitud de ridículas prácticas, muy á propósito para impresionar la fantasía de las gentes ignorantes. Entre éstas os citaré sólo la no menos absurda que otras, conocida con el nombre de *Bautismo del Diablo*. Verificase esta solemne ceremonia en un sábado por las pícaras brujas que, no sólo bautizan á los niños, sino á los sapos. Al efecto visten á los sapos de rojo y á las criaturas de negro, y luego que el Diablo ha vertido sus aguas, que diríamos recordando la urbanidad de nuestros maestros de instrucción primaria, en un hueco cualquiera, mojan allí un hisopo negro, y con él rocían en la cabeza al sapito ó al tierno infante, haciendo el signo de la cruz invertido con la mano izquierda, y pronunciando esta fórmula, que encuentro citada en un «Diccionario teológico»: «In nomine patrica, matrica, araguaco, petrica agora, agora VALENTIA; que, traducida, significa: «En el nombre del Padre, de la Madre, de Pedro de Aragón, á esta hora, VALENCIA.»

Hasta este punto, discretísimas lectoras, el agua que templa nuestra sed, conserva la salud, preserva de enfermedades, fertiliza los campos, mueve las más complicadas máquinas y une los continentes, ha quedado relegada á tan mezquinos é inútiles oficios como el «lavado simbólico y en abreviatura» que los viajeros encuentran en vigor en los pueblos salvajes que visi-

tan, unas veces como producto natural de la superstición é ignorancia de los indígenas, y otras como empréstito ó regalo de las razas conquistadoras, que, por lo menos, debieran llevar á sus vencidos, á trueque de lo que les quitan, la luz de la civilización y de la ciencia.

EL SANTO ESTIÉRCOL

Más vale cagarruta de oveja,
que bendición de obispo.
(Refrán popular.)

El pueblo español no ha llegado, que yo sepa, á canonizar al estiércol, y, sin embargo, la santidad de éste es para mí más indiscutible que la de *San Bargamé* ó la del *Santo Pajares*, cuya apología hace el refrán diciendo de él *que se quemó el santo y quedó la paja.*

¿Por qué esta injusticia popular? ¿Por qué esta inconsecuencia en quien nos cita en sus producciones nada menos que al *Santo Cristo del Garrote* y á la *Santa Leña del Verbo Divino?* Pues probablemente por una razón muy sencilla: porque el pueblo, que llama burgueses á los pobres escritores, pongo por caso, que tenemos la debilidad de gastar un par de tercias inútiles de tela colgando de lo que sin este costoso y ridículo estrambote sería modestísima chaqueta, es tan burgués y aún más burgués que nosotros mismos en cuanto se le presenta una ocasión, y participa aún más que nosotros de lo que él llama *motu proprio*, ó porque así se lo han sugerido, preocupaciones burguesas.

El estiércol, dicen los eruditos, los filósofos á lo Pi-

dal, y, en una palabra, los hombres que tienen la modestia de llamarse á sí mismos serios y respetables; el estiércol, ¡oh, qué cosa más vil y más baja, más miserable, más digna de desprecio! Y el pueblo, que por sus refranes parece un *hombre*, y por sus supersticiones parece un *niño*, se impresiona con estos y otros más duros calificativos, escucha embebecido la singular elocuencia de algunos sabios, vamos al decir, y se enamora de las bellezas de palabras tales como alma, espíritu, religiosidad, unidad nacional, integridad de la patria y demás *faroles* con que le embelesan los oradores, los poetas de salón y cuantos se dedican al purísimo arte de excitar los sentimientos y la imaginación de las muchedumbres, pintándoles lo blanco negro y lo negro blanco, y dándoles por liebre cada Marramaquiz que tiembla el misterio. Los amantes de la literatura popular, con levita ó sin ella, tenemos ocasión de observar á cada paso este fenómeno verdaderamente singular: los hombres del pueblo miran con indiferencia, cuando no con desprecio, sus refranes, sus adivinanzas, sus coplas; en una palabra, tienen en tan poco *sus propias producciones*, que si uno se toma el trabajo de preguntárselas, ó se avergüenzan de decirlas, ó las ocultan maliciosamente, creyendo que sólo pueden servir de motivo de befa, mientras que escuchan con tamaña boca abierta un discurso á lo Castelar ó una oda á lo Núñez de Arce, sin tener en cuenta que los conceptos de aquel discurso ó los sentimientos de aquella oda los están expresando ellos todos los días, y muchas veces con más vigor y más castizamente, por calles y plazuelas, sin percatarse de ello. Es decir, que se mofan de los santos y á cualquier iluminado sirven de peana, y luego, como es natural, para desquitarse confunden bajo el nombre de burgueses, sin entrar en más disquisiciones ni reparos, á los que tienen la sinceridad de de-

cirle: «Hombre, no seas así, y párate á distinguir y reflexiona que, aunque gasten levita, no es lo mismo para la defensa de tu causa un Nocedal que un Mendizábal.»

Quiero decir con lo que voy diciendo, y claro se dice con lo dicho que no he logrado decirlo con la claridad que deseara, que una de dos: ó acabamos de una vez para siempre con los santos populares, ó me canonizáis al estiércol. Él tiene, y hoy hablo con los lectores de este periódico, más títulos que nadie á vuestra canonización. Por él, los campos dan ciento por uno, y vuestro sudor fructifica en la tierra. Por él se abarata y mejora el pan con que alimentáis á vuestra familia; por él, que aumentando vuestras cosechas os permite una mejor alimentación, mejora vuestra salud, y con ella, ¡voto va el chápiro! (y esto no es poesía) brota en las mejillas de vuestros hijos cada rosa que es una bendición de Dios el verlas. Por él, la química, las artes industriales, de cuyo claro conocimiento os apartan con tanto empeño y habilidad los preconizadores de las excelencias y dignidad de vuestro espíritu, por él las industrias se multiplican y el trabajo aumenta, y vuestras condiciones sociales mejoran, no por arte de Berliquiti Berloquite, ni momentánea y maravillosamente, y como la impaciencia de todos deseara, sino por modo lento y gradual, pero seguro é infalible.

Canonizad, por tanto, el estiércol, y canonizadle como vosotros debéis hacerlo, *á Dios rogando y con el mazo dando*; esto es, aprendiendo de la ciencia, verdadero y único abono de la razón natural, de que debéis ser representantes, los métodos de mejorar y usar aquél; pensad que el santo por cuya canonización abogo, tiene, como el santo de más campanillas, formas infinitas y trajes variadísimos: el estiércol, *per accidens* y en sentido estricto, puede ser el producto de la elaboración de ese tubo de dos bocas que tan malhumorado

y fuera de sus casillas ha puesto á Pidal, pero el estiércol *per se* no es simplemente para la ciencia, ni para vosotros mismos, que llamáis *al pié del dueño estiércol para la heredad*, los residuos inasimilables de la digestión, sino todo lo que es abono para los campos.

El estiércol es más que esto: es el principal de vuestros santos y el primero de vuestros mártires. ¿Quién más vilipendiado que él? Y, sin embargo, después de declarar su inmensa utilidad para los campos, el pueblo ha dicho: *Cuando no dan los compos, no lo han los santos;* con lo que prueba que él es el abastecedor de todos, y por tanto, el más importante. Pero aún hay más: ningún santo muestra de modo más elocuente que el estiércol la participación que tiene en las propiedades que el pueblo atribuye á la Divinidad.

De Dios viene el bien, y de las abejas la miel.

Pues bien: ¿qué santo de ninguna religión del mundo ha hecho más beneficios á la humanidad que el santo estiércol? ¿Qué santo ha sido más ridiculizado por esos *verdaderos burgueses* que os vienen hablando todos los días de lo despreciable de la vil materia? ¿En dónde se prueba mejor el poder que atribuís á Dios de hacer el bien, que en el bien que á todos nos produce lo reputado por más inútil y despreciable?

La felicidad de los pueblos estriba muchas veces en una cosa al parecer tan baladí como redimir á una sola palabra del desprecio de los necios ó de los hipócritas. Enteráos, antes de emitir vuestro fallo sobre la anómala pretensión de este artículo, si en los Estados Unidos, en Suiza, en Bélgica, en Inglaterra, pueblos todos más cultos que nosotros, hay una sola persona seria y de mediana educación científica que se atreva á burlarse del estiércol. Antes al contrario, rindiéndole el culto de las obras, que es el más eficaz, os lo venden transformado en alcoholes y olorosas esencias, haciéndoos

pagar vuestra candorosidad y el culto que rendís á una santa verdaderamente despreciable, á la *santa ignorancia*, que está enriqueciendo á tantos como dicen profesar la religión del que predicó la pobreza.

Canoniza el estiércol si has de seguir teniendo santos: si no lo haces, pueblo soberano, procura que sea respetado como merece, pues tú mismo me has enseñado que *el estiércol no es santo, más donde cae hace milagros;* y jamás á ninguno de tu seno se le ha ocurrido dudar de su eficacia, como dudaba, por ejemplo, de la de un San Sebastián de su pueblo, aquel bribonazo de hortelano que cantaba:

En mi huerto te criaste;
naranjas nunca te ví:
los milagros que tú hagas
que me los claven aquí.

EL BU

¡Que viene el *Bu*!

¿Habéis pensado alguna vez, lectoras mías, en la relación que existe entre un hueso de una aceituna y un olivo, entre un grano de trigo y una espiga? ¿Habéis pensado alguna vez, viendo un pinar, en que aquellos airosos y corpulentos árboles que encantan vuestra vista y os convidan á descansar bajo su sombra, no son más que unos cuantos piñones exactamente iguales á los que os entretenéis en partir con vuestros fuertes y monísimos dientes? ¿Habéis pensado alguna vez que las tórtolas que arrullan desde esos pinos y vuelan por los aires, y los peces que nadan en el vecino río, no son en sí otra cosa que simples huevecillos, tan tenues los de que proceden estos últimos, que podríais ensartar varios de ellos en la punta más sutil de vuestra más diminuta aguja? Pues si nunca os habéis detenido á reflexionar en estos verdaderos portentos de la naturaleza, siquiera por una vez, por hoy tan sólo, hacedme la merced de reparar en ellos. Así comprenderéis la importancia de todo lo que es *germen* en la vida, y os daréis claramente cuenta de las transformaciones por

que pasa toda *semilla* hasta llegar á su completo desarrollo. Así comprenderéis, sin esfuerzo alguno, que las cosas, al parecer más distintas, no son muchas *veces* más que formas diferentes de una misma cosa, como lo son, en los ejemplos citados, los huevecillos y el pez, el hueso de aceituna y el olivo.

Pero ¿qué es el *Bu*? El *Bu*, palabra que, según un eminente orientalista, procede del hebreo y significó en su origen *caos y confusión*, es para vosotras un ser puramente quimérico é imaginario que evocáis para intimidar á los niños. Para vosotras, que candorosamente creéis estar en el secreto, este ser no existe, y la ficción de él os sirve para ejercer sobre vuestros hijos ó vuestros hermanitos el ascendiente necesario para haceros obedecer y respetar. El *Bu* es, por lo tanto, un delator de vuestra falta de arte ó de vuestra flaqueza, y un recurso á que apeláis para destruir la obra que en más de una ocasión habéis creado vosotras mismas con *mimos* imprudentes.

Los *mimos* constituyen uno de los venenos más activos y peligrosos para la naturaleza humana que conoce la química moderna; sus estragos, funestísimos siempre, dependen de que las madres, *desdeñando la importancia de los gérmenes*, ignoran en la mayoría de los casos que la *voluntariedad*, el capricho, esto es, la voluntad no dirigida por la razón, es un *germen* que aparece en los niños desde los primeros días de la vida. Niño que durante el primer año *ha dominado*, siquiera sea por unos medios al parecer tan indirectos como el del llanto ó la sonrisa ó la gracia infantil, es niño que ya necesita un *Bu* para enseñarse á obedecer, mejor fuera decir á *obedecerse*. En fuerza de haber sido *amo de todos*, es ya un verdadero *esclavo de sí propio*. Quiere la luna, y es preciso servírsela en bandeja; y como esto no es posible, llora, grita, se desespera y os desespera á

vosotras, que en vano le mandáis ó le rogáis que calle. Desesperadas, faltas de fuerza moral y con la sangre más negra que el carbón, recurrís á un medio supremo: apeláis al *Bu*. ¿Sabéis lo que es el *Bu* para los niños?...

El *Bu*, que es para vosotras un ser imaginario, es para el pobre niño un ser real, negro, horrible, deforme; un ser siempre maléfico, y cuya presencia está temiendo siempre; un ser repugnante que se complace en el daño, que roba los hijos á sus madres, que habla con voz bronca y cavernosa, que pega porrazos en las puertas y no se deja ver; que puede, sin ser visto, caer de improviso sobre él y comérselo, y que, si alguna vez llega á presentarse, es enmascarado, envuelto y rebujado en un trapo negro, con ojos fosforescentes, con los cuales mira á través de la horrible máscara y parece como que chupa la sangre, impresión motivada por lo que realmente sucede en este caso, á saber: que, retirándose la sangre de toda la superficie del cuerpo, afluye al cerebro, al corazón y á los pulmones de una manera irregular y desordenada, originando multitud de trastornos, ya nerviosos, ya orgánicos, y de una importancia tan grave como por lo general desconocida. ¡Cuántas lesiones del corazón, cuántas lesiones cerebrales y de los órganos respiratorios tienen su raiz oculta y *germen* primero en estas violentísimas impresiones de la infancia!...

Por fortuna, diréis, el *Bu* va desapareciendo. El *cura*, el *sereno* y aun el pobre *aguador*, han venido á sustituir á aquel ser imaginario. El cariño de las madres, sobreponiéndose á las falsas ideas que, precisamente á nombre de la religión, les han imbuído, ha inventado el *Coco*, el cual es ya un *Bu en decadencia*, tan decadente, que ha venido á ser reemplazado hasta por los mismos *ángeles*, seres tan quiméricos é imaginarios

como su terrorífico abuelo. Así lo comprueban estas dos coplas de cuna:

Duérmete, niño mío,
que viene el *Coco*,
y *se lleva á los niños*
que duermen poco.
Duérmete, niño chiquito,
duèrmete, y no llores más,
que vendrán los *angelitos*
cantando y *te llevarán*.

Los ángeles, divinidades menores de que hay ejemplos en todas las religiones positivas, las cuales han dividido al mundo celestial y natural en legiones de seres benéficos y maléficos, los ángeles se han convertido dentro del hogar en verdaderos *cocos*, que hurtan su oficio al *Bu* y á las adormideras. El amor de la madre, venciendo la ignorancia de la mujer, acabará por relegar al *Bu* á la ínfima categoría á que ha quedado reducido el demonio, menos listo ya que cualquier muchacho medianamente travieso y avisado.

—

Mientras esto sucede, es necesario atacar al *Bu* hasta en sus últimas trincheras; porque en mantener la creencia en este ser, tan inverosímil y absurdo como todos los llamados *espirituales*, están interesados los eternos explotadores de la conciencia humana, para quienes no es un misterio que los que creen de niños en el *Bu* creerán de adolescentes en las *brujas*, de adultos en el *demonio*, y, por último, de viejos en un *Ser Omnipotente que condena por toda una eternidad*.

Las ideas del infierno y de las penas eternas, verdadero *Bu* de las personas mayores que tienen la desgracia de poseer mucha fantasía y de que Salomón haya

pasado á galope por su mollera, produjeron multitud de locos en la Edad Media, y los heredipetas ó pescadores de herencia, *corriendo la bola*, como dicen en Andalucía, de que el mundo iba á acabarse, se enriquecieron en el siglo x de un modo fabuloso, acaparando los caudales de cuantos, por temor á las calderas de Pedro Botero, *Bu* de aquellos mentecatos, no vacilaron en desprenderse de sus cuantiosos bienes. Hoy, por fortuna, los tiempos han cambiado, y los más fervorosos católicos, compradores de bienes nacionales, no están dispuestos á cambiar, ni siquiera mano á mano, metro de tierra por metro de Paraíso; pero la antigua tendencia subsiste aun: las órdenes religiosas se enriquecen á nuestra vista á costa de la imbecilidad, del vicio y de la hipocresía, escarneciendo á la industria y al trabajo, y esto enseña que aún se explota la idea del *Bu* en la más productiva de sus múltiples formas.

Contribuid vosotras, por lo tanto, honradas madres de familia, á no sembrar ni consentir que siembren en el corazón de vuestros hijos la idea del *Bu*, *semilla de lo sobrenatural y de lo falso*. Recordad que no en balde dice el adagio que *lo que con el capillo se toma con la mortaja se deja;* y, por último, que la superstición, la creencia en el *Bu*, el infierno de mañana, es, no solo fuente de gravísimas enfermedades, que suelen tardar á veces años en dar la cara, sino la peor *semilla* que en el pecho de sus hijos puede sembrar una madre española: *la semilla del miedo y de la cobardía*; *la semilla de la impostura y del fanatismo religioso*.

Ó LOS MÉDICOS Ó LOS SANTOS

O herrar ó quitar el banco.
(*Refrán popular.*)

Hay que decidirse, discretas lectoras, hay que decidirse.

O los santos curan, en cuyo caso es un verdadero despilfarro acudir á los médicos, ó, por el contrario, éstos son los que sanan, en cuyo caso es una verdadera majadería importunar á los santos.

Entre unos y otros es necesario elegir; por unos ó por otros hay que decidirse.

«O al vado ó á la puente», como dice un adagio. «O herrar ó quitar el banco», como reza el refrán.

O curan las drogas ó las oraciones. Si las unas, ¿para qué las otras?

Tomarse un citrato de magnesia ó una onza de sal de higuera y encomendarse á «San Serapio, abogado contra los dolores de vientre», es como encender una vela á Dios, representado por el santo, y otra al diablo, representante de la picara química.

Hay que elegir entre los que pudiéramos llamar «los médicos de tejas arriba» y «los médicos de tejas abajo». De no hacerlo así, resulta una impiedad para los santos

y una injusticia para los médicos. ¿Con qué gusto podrá ver el célebre dentista Cortés que antes de ir á consultarle os encomendéis á «Santa Polonia» ó á «San Magín, abogados contra los dolores de muelas y de dientes?» ¿Con qué cara os encomendaréis á éstos, que, como santos, penetran vuestras intenciones, cuando os vean acudir, después de rezarles muy devotamente, en casa del reputado dentista? ¿Es esa, por ventura, la fe que tenéis en la eficacia de sus curaciones?

¿Os decidís por los santos? ¿Sea enhorabuena; nadie os lo censurará. En el cielo, como en la tierra, tenéis médicos para todo. En el cielo, como en la tierra, hay, no sólo médicos generales, sino médicos especialistas. ¿De qué padecéis? ¿De la cabeza? ¡Pues á fe que hay pocos santos entendidos en este género de dolencias! De esos males podrán curaros, entre otros, «San José, San Juan Bautista, San Medardo, San Vicente Ferrer, Santa Brígida y santa Catalina de Sena».

¿Padecéis del estómago? ¿Vuestra glotonería os ha llevado á enfermar de esa importante entraña? Pues no os importe, que «San Bernardo Abad, San Cirilo y San Gregorio el Magno», os pondrán en estado de volveros á comer un pavo de una sentada, con el mismo apetito con que os lo comíais antes.

¿Os dáis un nuevo atracón, creyéndoos ya buenos, y os sobreviene un cólico? Pues «San Franco de Sena» y «Santa Rolenda» se encargarán de dejaros el estómago limpio como cañón de órgano. ¿Degenera ese cólico en cólera, por una nueva imprudencia y temeridad? Pues «San Luis Beltrán» se encargará de no dejar con vida ni á uno solo de esos animalillos, á que los médicos «á lo Pasteur» han dado en llamar «bacillus coma».

Pero ya lo sé, discretas lectoras; ya entiendo vuestra maliciosa sonrisa: queréis significarme con ella que

os tienen sin cuidado las enfermedades que se adquieren abusando del pico, pues más están los tiempos para penitencia y ayuno que para regalo. Tenéis razón; pero ¿podréis creeros también exentas siempre de tener que acudir á «San Fiacro», y á «San Luis», y á «Santo Domingo de Silos», «San Ignacio» y «Santa Lutgarda», peritos aquéllos en el arte de curar toda clase de hemorragias, y prácticos en partos estos últimos, hasta el extremo de que sólo «Santa Balsania» y «San Ramón Nonnato» pudieran hacerles la competencia?

Claro que de este último mal no he de creer yo temerosas á las devotas célibes; pero, ¿no podrán éstas padecer, como gente ayunadora y penitente, de escrófulas ó panadizos, y necesitar, por tanto, de «San Severo Justiniano» y «San Félix de Cantalicio», especialistas de estas enfermedades? Bien sé que, no criando, no necesitarán de los buenos oficios de «San Mamed» ni de los de «Santa Aldegunda» y «Santa Agueda», que tan primorosamente curan los zaratanes, postemas, grietas y afecciones análogas; pero, ¿dejarán por eso de verse expuestas, como cualquier mortal, á necesitar alguna vez de «San Babilas, abogado contra las quemaduras», ó á que les pique un bicho venenoso ó les muerda un perro, obligándoles á recurrir á «San Jorge» y á «Santa Quiteria», abogados contra estos males?

¡Ojalá que nunca necesitéis de «San Ciriaco» para vuestros oídos, ni de «Santa Lucía» para vuestros hermosos ojos! ¡Ojalá que nunca necesitéis, no ya de «Santa Bibiana» y de los «Santos Reyes», abogados contra los ataques epilépticos, las alferecías, perlesía y el mal de corazón, pero ni aun siquiera del modesto «San Gregorio», cuya especialidad consiste en curar los sabañones; de «San Pantaleón», á cuya terapéutica no ha habido jamás hemorroides que resistan; ni, por último del modestísimo «San Poncio, abogado especial contra

las incomodidades de las chinches y otros bichos domésticos!»

¡Ojalá que nunca necesitéis de los santos para curaros; pero, si en ellos tenéis fe, no os apuréis jamás por enfermedad de más ó de menos! «San Anastasio» podrá libraros de toda clase de dolencias, y «San Andrés Corsino de las incurables», cosa que no extrañará ni parecerá exajeración á los que crean que hay también en el Cielo una «Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles».

¿Curan los santos? Pues si así lo creéis, no desperdiciéis la ocasión. Los santos, como médicos, tienen multitud de ventajas sobre los médicos de tejas abajo. No cobran honorarios directamente; no tienen señalados días ni horas de consulta; visibles siempre para todos, no hacen á nadie guardar antesala, y, sobre todo, no obligan á gastar dinero en menjurjes ni meringotes.

El agua de Lourdes, mina que explotan nuestros vecinos de allende el Pirineo, que «nos venden», como dice Larousse, «la religión embotellada», produce probablemente los mismos efectos que la carabina de Ambrosio; pero si vosotras creéis que tiene verdadera eficacia medicinal, y que ésta depende de la milagrosa Virgen francesa, encomendáos á ella y quedaréis curados como si la bebieseis. ¡Qué mucho que la fe devuelva la vista á los ciegos, ó haga andar á los tullidos y hablar á los mudos, si ella, realmente para los que creen, es la que mata ó sana! Lo dicho, lectoras: médicos que no cobran, molestan ni obligan á gastos, son una verdadera ganga que no debe desperdiciarse en los difíciles y calamitosos tiempos que alcanzamos.

¿Pero no curan los santos? ¿Dudáis de los Galenos é Hipócrates celestiales? ¿Creéis que no hay «San Sérvulo» posible contra una parálisis, que todos los «San Ro-

ques» del cielo no bastan para librarnos de la peste? ¿Creéis que no hay «San Luis» que pueda hacer oir al que está sordo como una tapia? ¿Que nada puede «San Liborio» contra el mal de orina, «Santa Dorotea» contra el reúma, «San Leandro» contra la apoplegía, «San Raimundo» contra los vértigos, y «San Quirino» contra los dolores de piernas? Pues entonces llamad á los médicos terrenales, y confiáos á su pericia, que, si no hace milagros, produce al menos, en multitud de casos, resultados excelentes. Ellos tienen al menos la «quinina», que, cuando es buena, corta la fiebre; el «opio», que calma el dolor; el «cloroformo», que lo suprime; el «bromuro de potasio», que aplaca la sobreexcitación nerviosa; y el «hierro» y la «digital», para combatir la anemia y las afecciones de corazón. De estos medicamentos, que, empleados con inteligencia y oportunidad, producen en la mayoría de los casos resultados favorables á la salud, no os diré que sean santos, pero sí que la «quinina» sola ha sanado más enfermos que «Santo Domingo de Guzmán, San Felipe de Neri, San Juan Cancio, Santa Lidurina, San Onofre, San Pedro Alcántara, Santa Petronila» y cuantos especialistas en fiebres juntos ha logrado reunir la Corte Celestial.

Si os confiáis á los médicos, guardadles el respeto y la consideración á que son acreedores. No tengáis un santo para atribuirle la curación y un médico para achacarle la muerte. No cometáis esa inconsecuencia, «resultado de dos excepticismos, de dos debilidades, de dos ignorancias.» No favorezcáis de ese modo, inadvertidamente quizás, la hipocresía de los, por fortuna pocos, que dentro de la misma nobilísima profesión de la Medicina explotan la credulidad de las gentes y aumentan su parroquia, atribuyendo á los santos lo que saben que es obra de la ciencia, y á imperfecciones de ésta ó «castigo del Cielo (*propter peccatis*» que decían

los monjes del siglo XIII), lo que saben que es un producto inevitable de la inexorabilidad con que siempre se cumplen las leyes de la Naturaleza.

No hagáis de vuestro Dios un «San Andrés Corsino», entretenido en alterar á su antojo las leyes universales para complacer á sus devotos. Tratándose de una cosa tan seria como la salud, no imitéis, por una devoción mal entendida, á los santos de una iglesia que excomulgó al médico Miguel Servet por descubrir la circulación de la sangre, la conducta de la coquetuela aquella que, para enaltecer su travesura, cantaba:

La mujer que quiere á dos,
no es tonta, que es *advertida*,
si una vela se le apaga,
otra le queda encendida.

No hagáis recordar á los incrédulos, que ya van siendo muchos, la devoción genuinamente española de aquel pescador que cantaba:

Virgen, si saco este pez,
de aceite ofrezco un cuartillo;
pero ya que lo saqué...
Virgen santa, *pa* freillo.

No desprestigiéis de este modo, puesto que nadie ignora que hay muchos enfermos que se mueren, á los santos en que decís creer, y á los médicos á quienes estáis recurriendo todos los días. O por unos ó por otros hay que decidirse.

Entre los santos, ó, mejor dicho, entre las santas, apreciables lectoras, sólo encuentro una, una tan sólo que me atrevería á recomendaros; una que no ha sido canonizada nunca, al menos que yo sepa, y una que, si no cura, evita las enfermedades: «Santa Higiene». De esta santa os hablaré otro día, si es tal vuestra debili-

dad de carácter y flaqueza de ánimo que no os atrevéis á pasar de la superstición á la ciencia sin un puente de santidad que os dé verdadera fe en la medicina y en los que la ejercen, verdaderos mártires como vuestros santos, pues tienen que luchar con nuestra ignorancia y preocupaciones, y no recibir muchas veces, como recompensa de sus afanes, más que nuestra injusticia y nuestra ingratitud.

LA ESTACIÓN DE LOS POBRES

Muera Marta y muera harta.

La Providencia, que así vela por los lirios de los prados y por los insectos que no hilan ni tejen, como por los pájaros que se pierden de vista por los aires, las truchas que nadan entre dos aguas en los ríos y los poderosos de la tierra, que huyendo de los ardores del estío se marchan con la música y los cuartos á otra parte, ha dispuesto en su infinita é insondable sabiduría que los pobres tengan también una estación del año para ellos: *el verano*.

El verano es, en efecto, una estación democrática por excelencia: inaugurado con la popular verbena de San Antonio de la Florida, célebre en Madrid, y festejado con las poéticas é inolvidables veladas andaluzas de San Juan y San Pedro, de Santiago y Santa Ana, el verano es la estación de la clase jornalera, un oasis en su azarosa vida. Durante esta época, en que florecen los nardos y la albahaca, y en que los blanquísimos jazmines, asomándose por entre las enredaderas y las parras cargadas de racimos, entonan un himno de alabanza á la Naturaleza y murmuran palabras de cariño en los oídos de los enamorados, enviándoles en forma de esen-

cias embriagadoras, billetes amorosos que la pluma mejor cortada no acertaría á transcribir, el pueblo vive...

Dicen que allá, en el extremo Sur de la Península en las fértiles comarcas de Andalucía, donde un sol casi africano despliega indomable pujanza, existen pobres segadores que con el cuerpo inclinado, la hoz en la mano, con la piel seca y echando fuego, jadeando muchas veces de sed y sintiendo sobre la irritada piel el aguijoneo constante de la raspa de la espiga que le provoca y desespera, punzándole en el pecho, y en la mano, y en los ojos, y en las mejillas para mayor insulto, sin una brisa de aire que respirar, caen, para no levantarse, asfixiados de calor, entre las rubias mieses, que, conducidas en carros en pintorescas gavillas, han de servir luego de fúnebre cortejo al infeliz obrero que, por llevar un pedazo de pan, no siempre blanco, á sus infelices hijos, ha sucumbido al pie de las que unos siembran, labran, siegan y recogen, para que otros coman.

Las máquinas, redimiendo al obrero, llegarán á reparar estas injusticias, y el despiadado sol, esclavizado al hombre, ejecutará sumiso y obediente, uncido á la máquina, el trabajo que un obrero inteligente, cómodamente recostado en la sombra, le ordenará hacer en desagravio de la crueldad que desplegó para con sus hermanos.

Mientras llega este día, lejano sí, pero no remoto ni con mucho, cuando leáis en los periódicos la noticia de los segadores que mueren asfixiados de calor, apartad la vista de esos renglones, y fijadla en los bailes, saraos é inocentes juegos con que se recrean los aristocráticos concurrentes á Biarritz, á Mónaco y á Baden-Baden.

¡Qué hermoso es el verano! ¡Qué pintoresco está un

mercado en esta época! Las plazas de abasto parecen en esa época verdaderas exposiciones de pinturas modernas. ¡Qué vigor en los contornos, qué pureza en las líneas, qué corrección en el dibujo, qué calor en los tonos, qué verdadero poema de colorido, que diría un crítico. Allí el verde pimiento y el encendido tomate, la negra breva y la pálida manzana, se hallan confundidos con la obesa y encarnada sandía, abierta en dos mitades, y el riquísimo melón con la pequeña cala que muestra un interior de amarillo mate, de ese amarillo magnolia que recuerda el amarillo distinguido anémico, revelador casi siempre de una aristocracia tan rica de dinero como pobre de sangre; allí, todos los colores que el pintor combina en su paleta tienen en alguna fruta, planta ó legumbre, adecuada representación. Sin embargo inútil es decirlo, los colores vivos predominan. Lo intenso del calor excita hasta á la naturaleza inanimada que se muestra en esa estación insolente y provocativa.

—

¡Qué bien come el pueblo en el verano! ¡Qué panzadas de agua se echa al coleto para solemnizar la fiesta! Nada menos que medio botijo de una sentada ví beberse una vez á un albañil, después de comerse, cruditos y como los produce la mata, dos tomates que metían miedo y un pepino de regular calibre. ¡Qué ensaladas de pimientos más apetitosas las que hacen¡ ¡Qué taj adas de sandía las que se engullen! ¡Qué racimos de uvas, más negras que su negra fortuna, las que se meten entre pecho y espalda. ¡El verano es la época en que los pobres comen algunas veces y casi viven; en un periquete fraguan una comida en estos tiempos; el sol, tan cariñoso con los suyos, se encarga de alumbrar desde más temprano y apagar las candilejas mucho más tarde; él se encarga

también, gratuitamente por supuesto, de hacer innecesario el combustible: ¿qué le importa al obrero que en verano el cobertor tenga media vara más ó media vara menos? La sombra de los árboles en calles y paseos le ofrece en las horas de la siesta cama, no diré blanda, pero sí espaciosa. El verano es decididamene una gran época para los que en invierno no tinen combustible ni luz ni abrigo, ni aun los recursos necesarios para «comer caliente» en la mayor parte de los casos.

A estas ventajas innegables oponen los descontentadizos algunos reparos: el verano es ocasionado á cólicos y tabardillos; estas dos enfermedades y las epidemias hacen más estragos por lo común en la clase obrera que en las clases mejor alimentadas y preservadas de los rigores del sol. No sólo en los campos, sino en las ciudades, la clase de albañiles, especialmente, resiste todo el día el sol cayendo á plano sobre su cabeza; á las doce en punto, y cuando ya los dueños consideran que, por la posición del sol en el meridiano, el trabajador más rudo ha podido aprender de un modo práctico el modo de echar la plomada para que los muros salgan perpendiculares, los albañiles descansan un par de horas, para volver, repletos de tomates y pimientos y agua del Lozoya, á la pesada faena de apisonar la tierra ó colocar el ladrillo.

Los pobres tienen, pues, dos estaciones al año. El invierno, en que se mueren «sin comer», y el verano, en que suelen morir *por comer mal*. Entre una y otra estación, yo creo, como ellos, preferible esta última, pues, siquiera sea de cosa tan insustancial como los tomates y los pimientos, al cabo, al morir, podrán llevarse el consuelo al otro barrio de aquella piadosa mujer que, viéndose víctima de una indigestión, exclamaba: *Muera Marta y muera harta.*

EL ADÁN DE LA TRADICIÓN

¡Válgame Dios, *Padre Adán*,
que siendo vuesa mercé
el primer hombre del mundo,
lo engañara una mujer!

(*Copla popular.*)

Vosotros conocéis demasiado bien lo que cuenta la *Biblia* sobre la formación de Adán, para que yo vaya á tener hoy la imprevisión de regalaros el oído. Combatiendo esta doctrina los incrédulos, dicen verdaderamente cada disparate que tiembla el misterio.

¡Que Dios hizo al hombre del limo de la tierra! repiten en son de duda. Bueno, ¿y qué? ¿Pues no podía hacer este portento, y aun portentos mayores, quien hizo al mundo de «la nada» con la sola eficacia de su palabra? ¿Que por qué no lo hizo de otra sustancia más noble? Pues por la soberana razón de que no le dió la realísima gana. ¿Lo quieren más claro? Que si la Divinidad vino á convertirse así en un simple alfarero... Pero ¿en qué país vivimos? ¿Ignoran lo que esto sostienen que en aquella remotísima fecha no se conocían aún los hornos de ladrillos, ni mucho menos la fabricación de muñecos? Que citen siquiera una sola alfarería de aquella lejanísima época.

Vencidos en este terreno los incrédulos, la emprenden con la formación del alma de Adán, y ponen el grito en el cielo, y hacen diez mil aspavientos y alharacas, maravillándose, ó fingiendo maravillarse, de que Dios, pudiera infundir un espíritu á aquel barro inanimado sin más que darle un soplo. ¿Y qué tiene esto de particular? ¿Pués quizás no estamos viendo todos los días barcos, tamaños como iglesias y palacios, surcando los mares, y molinos que se pasan las horas moliendo el trigo y convirtiéndolo en harina en cuanto corre el menor soplo de viento? Y si un soplo de viento basta en los mares y en la tierra para poner en movimiento esas enormes y pesadísimas moles, ¿qué mucho que Dios, que hizo los vientos y dispone de ellos á su antojo, pudiera con una simple ráfaga de su divino aliento, no digo ya dar movimiento y vida, y hacer sentir, pensar y querer, sino hasta hacer bailar de coronilla á nuestro Padre Adán, si este propósito hubiera entrado en sus inescrutables designios?

Además, á mí no me toca decidir esta árdua cuestión; pero ¿quién ha visto el alma, cuántos kilos pesa, qué color tiene, de qué hechura es? ¿Por qué no ha de ser ella un ser espiritual, cuando «no se ve, ni se palpa, ni se toca».

Responden á este irrefutable argumento los incrédulos que esto no es razón, porque ni el calor, ni la electricidad, ni el magnetismo, ni el ácido carbónico, ni el oxígeno, ni multitud de gases que ellos estudian y conocen, y cuya existencia demuestran, «se ven tampoco, ni se palpan, ni se tocan,» y que, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido atribuirles condiciones espirituales y milagrosas.

Con este modo de discurrir, lectoras mías, se hace, como comprendéis, imposible toda discusión. ¿Qué tienenq ue ver los llamados agentes de la Naturaleza y

los gasecillos de la química con el soplo de la Divinidad? Que se pongan á soplar todos los químicos juntos, á ver si con el sólo esfuerzo de sus pulmones hacen un Adán.

—

Dejemos, por tanto, á los científicos con su soberbia y á los creyentes con su fe, y si queréis entreteneros un rato, leed á continuación la serie de verdaderos cuentos infantiles que consignan las tradiciones orientales respecto á la formación de *Adán*, palabra que los turcos tomaron no sé á punto fijo si del idioma persa ó del arábigo.

«Cuentan las tradiciones musulmanas que Alá, cuyo nombre enaltecido sea, queriendo formar al hombre, encargó al angel Gabriel que tomase un puñado de tierra de cada uno de los siete lechos ó capas de que ésta se componía.

Presa la Tierra entonces de verdadero estupor, hizo presente al ángel con el debido respeto que Alá, glorificado y enaltecido sea, haría una verdadsra majadería en crear al hombre, el cual habría de proporcionarle muchos disgustos, y aun acabaría por rebelarse contra su Creador. El ángel dió el recado á su Señor lo mejor que supo; pero éste dijo que *nones*, é insistiendo en que se le obedeciese, envió á Miguel, y van dos, á cumplimentar sus órdenes. De nuevo se quejó la Tierra, haciendo presente que, si se creaba al hombre, ella se veria maldita á causa de él. Miguel, compadecido, volvió á contar á Alá lo que la Tierra había dicho; pero Alá, enaltecido y glorificado sea, abroncado ya y cargado de esteras, como decirse suele, y creyendo que á la tercera va la vencida, envió al terrible Azrael, el cual, sin andarse en contemplaciones ni meterse en dibujos, cogió los siete puñados de tierra que su Señor le había

mandado y los llevó á la Arabia, donde, como era de rigor tratándose de musulmanes—otra cosa hubiera sucedido si Alá, loado y enaltecido sea, hubiera sido natural de Chinchón—había de realizarse la gran obra de la creación del hombre.

Con barro á su disposición, como decirse suele, el Dios de los muslimes hizo por sus propias manos un muñeco, y lo puso á secar, dejándolo un rato, y como quien no quería la cosa, para que los ángeles pudieran contemplarlo. Encantáronse éstos, como gente bonachona y sencilla con la figura; pero Eblis ó Satán (aborrecido sea), no contento con examinar muy escrupulosamente á Adán por todos lados, le dió una palmadita en el vientre, y observando que estaba hueco, dijo para su capote: «Esta criatura debe tener un hambre atrasada lo menos de seis semanas, y por darse un atracón y verse siquiera medio repleto, será capaz de cualquier cosa; nada, lo dicho: la vida de este infeliz ha de ser una tentación continua».

Pensado esto, preguntó á los ángeles si estaban dispuestos á someterse á aquel muñeco, y, contestándole aquéllos que sí por unanimidad, él fingió conformarse con la opinión general, si bien trazándose la línea de conducta que más se acomodaba con sus malas ideas.

Hecho el cuerpo de Adán, Alá, glorificado sea, le infundió un alma inteligente y le proporcionó primorosos vestidos, ordenando á los ángeles que se prosternasen ante él. Hiciéronlo así los ángeles, pero no el bribonazo de Eblis, aborrecido sea su nombre, á quien Alá dió con la puerta en los hocicos, despidiéndolo á cajas destempladas y mandándolo irse con la música á otra parte, ordenando en cambio á Adán que ocupara el puesto que el Demonio dejaba vacante, é imponiéndole por única prohibición comer del fruto de cierto árbol;

pero el pícaro Eblis, maldita sea su alma, que se había asociado con el pavo real y la serpiente, y ya había comprendido el carácter glotoncillo de Adán, dióse trazas á embaucar á éste con artificiosos discursos, haciéndole desobedecer los mandatos de su Creador.

No bien Adán hubo gustado del fruto prohibido, sus vestidos cayeron á sus piés, quedándose, no diré como su madre le parió, porque no tuvo madre, pero sí todo lo ligero de ropa que podéis suponer, y verdaderamente corrido de vergüenza. Y no paró aquí su desgracia, sino que á poco recibió la orden de tomar las de villadiego y salir del Paraíso con su mujer Eva, que también había pecado, quedando condenados ambos al trabajo y á la muerte. El costalazo que dieron ambos cónyuges debió ser más que regular, pues la pobre Eva cayó muy cerca del sitio en que más tarde había de construirse la ciudad de la Meca, y su infeliz esposo vino á dar con sus huesos en la montaña de Sennacherib, en la isla ceilandesa, donde aún hoy puede verse el llamado «Pico de Adán».

El estado de soledad y de miseria en que se vió el pobre desterrado del Paraíso le hizo acudir á su Creador, quien, apiadado de él, le envió una linda mariposita, que vino á colocarse precisamente en el mismo sitio en que, más tarde, Abrahám construyó la «Caaba,» ó templo, ó casa santa de la Meca. Gabriel le enseñó entonces las ceremonias que debía practicar al rededor del santuario para obtener el perdón de su golosina, y lo condujo á la montaña de Arafat, en donde encontró á Eva, de quien estuvo separado trescientos años. Hoy mismo se enseña en Djedda, ó Gedda, linda ciudad del Mar Rojo, de unos 25.000 habitantes y situada á una legua de la Meca, el supuesto sepulcro de Eva, en la misma colina en que se la supuso sentada esperando á Adán con el humor de perros que es de imaginar, dado

lo breve de su accidentada luna de miel y lo forzoso y prolongado de la separación.»

Hasta aquí las verdaderas «niñerías» que enseñan las tradiciones musulmanas, niñerías reputadas aún por artículos de fe en pueblos tan incultos como la Arabia, ó entre personas tan ignorantes y salvajes, Dios Padre me perdone, como los creyentes en Alá, enaltecido y glorificado sea su nombre.

Todos los pueblos de Oriente tienen diversas fábulas respecto á la formación de Adán, conviniendo todos en lo de la «prohibición» de comer de una cierta fruta, «prohibición» que en multitud de formas, y siempre como mandato del supuesto ó verdadero amo de las cargas, como Barba Azul, aparece en los cuentos de encantamento con que entretenéis á vuestros hijos ó á vuestros hermanos pequeños.

—

Adán ha sido venerado, como Dios, en muchos puntos del globo, y de su adoración se deriva el culto de los antepasados, de que hay reliquias en casi todas las religiones positivas.

No sólo los creyentes españoles de la América del Sur, que aseguran que fué la «banana» el fruto prohibido del Paraíso, sino los árabes, los persas, los naturales de Madagascar y los zulús creen en Adán, padre común de todos los hombres, y formado, poco más ó menos, como el que formó Alá, glorificado y enaltecido sea. Adán es el gran dios de los zulús, y es adorado con el nombre de «Unkulunkulu», esto es, el «viejo», «viejo», «viejo», á que llama la copla «el primer hombre del mundo.»

EL ADÁN DE LA CIENCIA

Mal me quieren mis comadres
porque digo las verdades.
(*Refrán popular.*)

¡Qué triste, qué desconsoladora es la ciencia!

¡Y pensar que todo un papa, todo un rey, todo un emperador, todo un general, todo un marqués, todo un duque, todo un orador, todo un poeta, todo un filósofo, toda una dama ilustre, ni más ni menos que el pobre albañil, el infeliz trapero, el zapatero remendón ó la mujer del pueblo, descienden de un animal tan feo, tan lujurioso y tan repugnante como el mono! Lo dicho: la ciencia no tiene entrañas. ¡Oh santa ignorancia, y cuánto más vales! Tú al menos, á trueque de cuatro inocentes cuentos de camino, nos conservas la felicidad haciéndonos ver lo negro blanco y pintándonos las cosas del color del cristal con que queremos verlas.

Según tú, divina santa, el hombre es el «Rey de la ciencia,» el «Dueño del Universo,» la «Hechura de Dios,» la única «Criatura Racional,» el «A mí nadie me tose de los Seres.» ¿Qué opone, en cambio, la ciencia? ¿Qué nos da á trueque de estas chucherías, de estas golosinas espirituales, á cuyo sólo recuerdonuestra al

ma, con su maquinaria corporal correspondiente, se dilata y regocija, y se nos hace la boca agua? ¿Qué nos da, qué nos dice, qué nos enseña?

Pues nos dice que la Tierra es un planeta insignificante con relación á nuestro sistema solar, y que este sistema solar, que nos parece tan grandioso, es él mismo un Don Nadie, comparado con los infinitos é inacabables universos que sus telescopios descubren. Que aun en relación á este pequeñísimo planeta, la superficie terrestre, única habitada por el hombre, es una cosa tan insignificante y de poca monta, como el imperceptible surco que pudiérais abrir arañando con un alfiler una esfera de madera de diez metros de diámetro. Que dentro de esta arañadura, casi imperceptible en relación á esta mísera Tierra, han nacido y crecido y se han desarrollado los seres orgánicos conocidos con el nombre de plantas y animales, y que éstos no aparecieron todos de una vez y de repente, como pasan las cosas en los cuentos de encantamento, sino de un modo lento y gradual, comenzando por los seres de organización más sencilla, los «protozoarios,» hasta llegar á los de organización más complicada, los «mamíferos,» á cuya cabeza figuran, como los últimos representantes, los monos y los hombres.

¡Los monos y los hombres! ¡Vaya un abolengo! Rómpase usted el alma y devánese usted los sesos pensando en la naturaleza de Dios, de la Razón humana, de la esencia de los séres, de la simplicidad del espíritu, del problema de la vida, de la inmortalidad del alma y aun la del cangrejo, para venir á parar en que es usted nieto por línea directa del llamado orangután ú «hombre de los bosques.» El corazón desfallece, el ánimo se apoca y la inteligencia se nubla cuando pensamos en conclusión tan desoladora.

Pero ¿por qué? dicen los científicos. ¿Por qué? ¿Qué

nos importa ser la última forma de la materia organizada en este planeta, y tener por antecesores, verbigracia, al gibbón, al orangután, al chimpancé y al gorilla, si hoy somos ya seres humanos? Lo que realmente debe interesarnos y preocuparnos para nuestra tranquilidad actual, dice el célebre Huxley, no es saber de dónde venimos, sino lo que somos. «Agua pasada no muele molino», que dirían nuestros abuelos. ¿Qué nos importa que hace millones de años los animales más perfectos que existieran en la superficie de la Tierra fuesen los monos, y que de estos monos, por evoluciones lentas, lentísimas, graduales é imperceptibles, hayan podido irse desprendiendo séres más perfectos y análogos á los hotentotes, por ejemplo, que aun hoy mismo, por su aspecto exterior, casi se confunden con los monos superiores?

¡Pero qué de monos hay, santo cielo! Sesenta y dos especies diferentes cita un sólo Diccionario que tengo á la vista. ¡Y yo, pecador de mí, que me había creído que todos los monos tenían un rabo enorme, como los que bailan y hacen habilidades por las calles al son de los organillos! Pero que si quieres. Ahora salimos—y á la verdad que, como ésta es cosa que se ve, no puede negarse—conque hay nada menos que una sección de monos, llamados antropoideos ó antropomorfos, esto es, semejantes al hombre, que no tienen rabo los malditos, que andan perfectamente en dos piés como cualquier ciudadano, y que tienen dos manazas completamente iguales á las manos de cualquier fusionista, salvo que, como las usan menos, las tienen más peludas; sin embargo, con ellas machacan las nueces, como puede hacerlo cualquier cocinera, y ejecutan otras acciones mucho menos nobles.

La unión de un mono con una mujer, ó de una mona con un hombre, por repugnante que os parezca, es una

unión posible, dada la similaridad de los organismos, y la historia natural registra multitud de casos de este repugnante contubernio. Por lo demás, las monas de este género, cuyo embarazo en la especie gibbon dura siete meses, llevan á sus hijos en brazos, ó cargados sobre las espaldas, como las negras; les dan de mamar, los lavan en los ríos; los acarician, los chillan y los entretienen y divierten, pegándoles y mordiéndoles cuando son malos. Los machos, polígamos en las especies inferiores, esto es, en las que tienen cola, son monógamos en las especies superiores ó antropoideas; es decir, que, como á los europeos, les basta con una sola hembra, aunque no pierdan la ocasión, si se les presenta, de aumentar su parroquia.

Que los monos antropomorfos y los hombres se parecen mucho, tanto en su organización material como en sus hábitos y pasiones, esto será todo lo triste que queráis, lectores mios, pero es indudable. Que lo creáis ó no, me tiene completamente sin cuidado; es más, si el creerlo os ha de arrancar alguna ilusión ó alguna creencia que os consuele, no lo creáis. La ciencia, que no vive del bolsillo de sus creyentes, no tiene interés ninguno en ser creida con fe ciega, ni bajo el solo testimonio de su palabra. Quédese el buscar sectarios para los que medran con la ignorancia de las gentes. La ciencia no reconoce más autoridad que la de los hechos y la sana razón.

El parecido de los monos y los hombres está fuera de controversia: una visita á nuestro Museo de Historia Natural, aunque éste, por desgracia, no esté todo lo bien provisto que debiera, os dará ya alguna idea del parecido entre el gorilla y el chimpancé, monos antropomorfos y el hombre; por más que esta comparación, para ser completamente fructuosa, ha de hacerse, no con los europeos ú hombres civilizados, sino, por ejem-

plo, con los hotentotes bojesmanos, tan parecidos á estos monos, que ya los naturalistas franceses de principios del siglo, en época muy anterior á que Darwin hubiese escrito su obra inmortal *El origen de las especies*, y Huxley su excelente libro *Evidence as to man place in zoology*, creian en la posibilidad de que, de la unión de un mono antropoideo y de una mujer salvaje hotentote, pudiese resultar una especie híbrida ó mestiza de *hombres monos*.

Demostrada hasta la saciedad la analogía anatómica y fisiológica del hombre y los monos, los filósofos combaten esta teoría en el terreno de la inteligencia, suponiendo que el mono es un animal muy poco avisado. Sobre este punto, que no cabe desenvolver aquí, os citaré sólo dos historias, perfectamente comprobadas, que os servirán por lo menos de solaz mientras leéis este breve artículo.

«Un tal Mr. Cops, que tenía un orangután joven, dió á éste un día media naranja, colocó la otra media fuera del alcance de su vista, sobre una alta prensa, y se echó sobre el sofá: llamando entonces su atención los movimientos del mono, se fingió dormido; el orangután se acercó á él cautelosamente, y, cerciorado de que su amo dormía, trepó sobre la prensa, se comió la naranja, ocultó cuidadosamente las cáscaras entre las cenizas del brasero y se fué á acostar á su propia cama.»

«La mona antropoidea Mafuka, asilada últimamente en el Jardín Zoológico de Dresde, vió cómo se abría la cerradura de su jaula, y no sólo la abrió, sino que hurtó la llave y se la escondió debajo del brazo, para volver á usarla cuando la necesitase; después de observar al carpintero, agarró sus barrenas é hizo agujeros en la mesita que tenía para comer; en las comidas, no sólo llenaba su propia copa del jarro, sino que dejaba

de echar antes que rebosase. La muerte de esta mona ocurrió de un modo casi humano; cuando su amigo el director del Jardín llegó á ella, le echó los brazos al cuello, le besó tres veces, y luego, echada en su cama y alargándole la mano, exhaló su último suspiro.»

Hasta aquí lo que en tan corto espacio puedo deciros respecto al estrecho parecido que se advierte entre la estructura física, las pasiones y aun la inteligencia del hombre y de los monos superiores ó antropomorfos.

Para comparar á unos y á otros, si queréis hacerlo alguna vez, vuelvo á recomendaros que no toméis como punto de comparación á los monos de los organillos y á los hombres más cultos; comparad, sí, á los monos superiores con los hombres negros y más salvajes; pues si así no lo hacéis, quedaréis expuestos á que os pregunten: «Y bien, vosotros mismos, orgullosos lectores, ¿qué érais ocho meses y medio antes de nacer? ¿Os habéis olvidado ya de que comenzásteis andando á cuatro patas, que no hablábais y que sólo serviais para mamar como becerros, moquear, babear, llorar sin tino, ensuciar metidillos y calar pañales?

Si queréis estudiar el asunto para conocerlo á fondo con un buen libro de Zoología, la citada obra de Huxley y unas cuantas visitas, bien aprovechadas, al Museo, os bastarán para formar juicio y decidir si es el mono ó el muñeco de que se burló Eblis y de que os hablé en otro artículo, el verdadero Adán de la raza humana.

Si os gusta más el «Adán de la Tradición» que el «Adán de la Ciencia», optad por aquél. Por mi parte, hace tiempo que me decidí por este último, porque entre un ángel que por su necedad y glotonería pierde el

Paraíso, y un mono que mediante su trabajo se eleva á ser lo que es hoy el hombre civilizado y hacer lo que éste hace, la elección no es dudosa. Entre el ángel que cae estúpidamente y el mono que sábiamente se levanta; entre el que todo lo tiene y todo lo pierde por imbécil, y el que nada tiene y todo lo gana por su esfuerzo, opto por este último. ¿Qué le importa al hombre haber andado á gatas como el mono, si luego, al erguirse, ha sabido realizar, entre otras mar avillas, el describir las órbitas de los astros, pesarlos y determinar su naturaleza y composición?

Á LOS PIÉS DE USTED

—*A los piés de Ud.*
—«*Están los zapatos.*»
(Formulilla popular.)

—A los piés de Ud., señora condesa.

Acompañó el marqués estas sencillas palabras de una reverencia tan profunda, tan digna, tan respetuosa, tan distinguida, que la condesa por un momento se creyó transportada á un mundo mejor; consideróse, sin saber por qué, una verdadera reina, una emperatriz, ¡quién sabe! quizá una cosa más alta todavía...

En efecto; sólo á una diosa podía tributarse un homenaje tan rendido de sumisión y acatamiento como el que aquella profunda reverencia significaba; el distinguido cuerpo del marqués, flexible como un junco, tal era la aristocrática costumbre de encorvarse y doblarse que de sus preclaros antepasados tenía heredada, al erguirse poco á poco, pareció á la condesa columna de incienso que se elevaba paulatinamente en holocausto á su belleza y á su categoría elevadísima. Hacía ya más de dos meses que era condesa y le había proporcionado la nobleza y el título un personaje muy influyente en la real casa.

Mr. Truth, que me acompañaba, al observar aquel saludo y aquella profunda reverencia, me dijo con una sonrisa, que tenía aún más de compasiva que de maliciosa:—¡Pobres gentes!

¿Por qué me dijo aquello Mr. Truth? La verdad del caso es que los ingleses son raros, ó por lo menos á nosotros se nos antojan así; pero en esta ocasión la exclamación de mi amigo, porque Mr. Truth es, en verdad, uno de mis amigotes mejores, me pareció aún más que rara, inexplicable. La fórmula de salutación, *á los piés de Ud.*, lo mismo que las muy conocidas de *beso á Ud. la mano, beso á Ud. la suya*, son fórmulas tan usuales y corrientes en España entre las personas distinguidas y de buena educación, que no acertaba á explicarme la singular extrañeza de mi amigo al escucharla, ni mucho menos que pudiera maravillarse de que un marqués de tan ilustre abolengo como era el que vimos, hiciese unas reverencias y cortesías tan artísticas y primorosas como la que sedujo verdaderamente á la condesa.

Mr. Truth, que llevaba ya muchos años de residencia en España, no podía ignorar que la fórmula, *á los piés de Ud.*, se emplea aquí hasta por la clase media. Yo mismo, que en punto á estas ceremonias y etiquetas, ando siempre, como suele decirse, á tres menos cuartillo, digo ya mi *á los piés de Ud.*, cuando no hay mucha gente ni abundan las luces, con gran soltura y hasta con cierto aplomo y solemnidad; y aquella misma mañana, por más señas, me había yo despedido así de una discreta y un si es no es bromosa joven malagueña, la cual me había respondido del modo que se vé en la formulilla que encabeza este artículo, formulilla que mi amigo, en su manía de apuntarlo todo, había apuntado en su librito de memoria, al parecer con gran regocijo y contentamiento.

—Pero Mr. Truth—dije á éste cuando salimos de

casa de la condesa—¿por qué ha dicho Ud. ¡pobres gentes! al ver que el marqués saludaba á la señora con una fórmula tan natural y corriente como *á los piés de Ud.*?

—Amigo mio—me contestó;—esa fórmula, que será todo lo corriente que Ud. quiera, no tiene nada de natural, y es sólo *un resto de salvajismo y de barbarie.*

Una bomba que hubiera caído á mis piés, un jarro de agua fría que me hubieran echado por la cabeza, no me hubiera producido más estupefacción que la que me produjo la singular respuesta de mi amigo.

—*¡Un resto de salvajismo y de barbarie!* Mr. Truth, ¿sabe Ud. lo que dice?

—Precisamente porque lo sé lo afirmo; y Ud., precisamente, porque no sabe de estas cosas, se ha maravillado de mi contestación.

—Ud. dirá, Mr. Truth, pero no lo entiendo.

—Pues es muy fácil de entender: Ud. sabe perfectamente, aunque quizá no haya parado mientes en ello, que en la Sagrada Escritura hay un pasaje que dice:—«Tú los has puesto á todos *bajo tus plantas*;» y otro en que se agrega:—«El Señor ha dicho á mi señor: Siéntate á mi derecha hasta que yo haga de tus enemigos *el escabel de tus piés.*» Usted sabe perfectamente, y tendrá ocasión de comprobarlo este verano cuando venga conmigo á Londres y visitemos juntos los museos, que las esculturas asirias acreditan que era uso en los antiguos dioses del Oriente *pisotear á los vencidos.* Usted mismo, aun sin salir de España, mejor dicho, del más insignificante de sus pueblecillos, puede ver en cualquier iglesia la imagen del Salvador y la de San Miguel Arcángel *pisoteando* el uno á la serpiente, símbolo del demonio, y el otro al mismo demonio en persona, tal como lo han pintado los que tuvieron la dicha de intimar con el enemigo malo lo bastante para conseguir

de éste que se dejara retratar. Usted no ignora la costumbre de *besar los piés* al Papa, por cuya piadosa práctica se adquieren numerosas indulgencias...

—Lo estoy á Ud. oyendo, Mr. Truth, y no lo creo. ¿Qué tiene que ver lo que Ud. me dice con la costumbre moderna de saludar á la señoras, diciéndoles *á los piés de Ud.*? ¿Qué tiene que ver el hecho de que prosternarse haya sido un medio de rendir culto á Dios, suponiendo que esto sea cierto—que lo creo—con la afirmación de que tales actos, en su origen, sean hoy un *resto de salvajismo y de barbarie*?

—Oigame V. despacio, querido amigo, y no se impaciente, que la impaciencia es mala consejera y con ella no se va bien á parte alguna. He dicho á Ud. que la consabida fórmula es un *resto de salvajismo*, porque hoy mismo vemos que muchos salvajes *ponen su cuello bajo el pie* de la persona á que se someten para indicar su sumisión, y Ud., como español, recordará la enérgica frase de *«á mí nadie me pone el pie en el pescuezo»*, la cual es también una muestra del conocimiento más ó menos claro que aun las gentes más ignorantes tienen de que estas ceremonias son un resto de esclavitud. Usted sabe perfectamente que ésta, con ser tan odiosa, constituyó un adelanto en la Humanidad, con relación al tiempo en que el vencedor no concebía otra cosa respecto del vencido que comérselo muy amorosamente y, cuando más, arrancarle la cabellera para conservarla como trofeo de sus hazañas. El acto, por tanto, de postrarse ante el vencedor, ante el más fuerte, ante el poderoso, ante el que es ó creemos superior á nosotros bajo cualquier concepto, aunque sea en una forma puramente simbólica, es una reliquia, un resto, una *supervivencia* de lo que constituyó la vida real en los tiempos primitivos. La reverencia del siervo ruso, que baja la cabeza hasta el suelo; el salaam de los indios; el acto de pos-

trarse ante los señores feudales, tan general en la Edad Media, son restos de verdadera barbarie; y el prosternarse, especialmente cuando á este acto va unido el acto de *besar los piés* como sucede con el Papa y las estatuas de los santos, expresa *simbólicamente la voluntad de ser pisoteado* como medio de apaciguar la cólera del vencedor y atraernos su benevolencia, diciéndole por medio de signos «*anda por encima de mí, si así lo quieres.*»

Por lo demás, Ud. mismo observa que lo más ó menos profundo de la reverencia indica hoy y siempre relación al respeto que se tiene ó finge tener á la persona á quien se dirige. No es lo mismo el saludo que el soldado dirige al cabo de su compañía que el que la Ordenanza le manda hacer ante su general; ni el que el devoto dirige al sacristán de su parroquia al que hace al arzobispo, cuyo anillo besa, inclinándose y colocándose en la académica postura que la devoción exige, á fin de no molestar á S. E. obligándole á levantar la mano.

La diferencia que media entre el acto de *pisotear el vencedor al vencido*, y hacerle moder el polvo, en el modo y forma que podemos ver en los cuadros de nuestros Museos, y la fórmula, mediante la cual nos ponemos simbólicamente á los piés de una señora vieja, fea; beatísima y gruñona muchas veces, es realmente grande, porque no en valde transcurren los siglos y mudan las civilizaciones; pero esta diferencia no es tanta, que la ciencia no descubra entre aquel hecho y esta fórmula una relación de parentesco y de filiación, de procedencia y de origen.

—¿Con que eso quiere decir, Mr. Truth, que ya no debemos tener *urbanidad* ni respeto á las *buenas formas sociales*? ¿Que no debemos saludar á nadie, y si colarnos en cualquiera parte como *trasquilado por iglesia*, sin

guardar á las señoras ni á los caballeros las consideraciones y atenciones que estamos obligados á guardarles por la buena educación y sanos principios que recibimos de nuestros padres y nuestros maestros? Y por último, ¿que por huir de un pretendido resto de salvajismo, de quien nadie se acuerda, hemos de incurrir en la verdadera grosería de tratarnos punto menos que como hotentotes?

—¡Ay, amigo querido! Yo soy ahora el que estoy oyendo á Ud. y no lo creo; y si no lo conociera tan á fondo, creería que era Ud. algún filósofo tomista de esos que creen ó aparentan creer que las doctrinas modernas van á producir el desquiciamiento de las sociedades y no sé cuántas desgracias más, haciendo el análisis anatómico de esos Códigos de urbanidad que miran con tanto respeto, los que para ser finos, ó tenerse por tales, necesitan estudiar en los libros *recetas de finura*, como se estudia para guisar mal, eso sí, casi siempre, recetas de guisados. No, amigo querido; el levantado pensamiento de Spencer, á quien sigo, no es el acabar de golpe y porrazo con estas ridículas etiquetas, únicas que pueden hacer que sigan pasando plaza de bien educados y finos los que no han podido comprender todavía que la finura es algo que no se adquiere por formularios y que el único Código de urbanidad digno de respeto en el mundo, es el fundado en los cimientos inquebrantables de la elevación de las ideas y en la delicadeza de los sentimientos del corazón. El, *á los piés de Ud.—Beso á Ud. la mano.—Beso á Ud. la suya.—Servidor de Ud.—Yo lo soy muy de Ud.—Siéntese Ud —Jamás antes que Ud.—Dígnese Ud. pasar.—Primero Ud.—No puedo consentirlo.—¡Pues no faltaba más!—¿Cómo está Ud.?—Para servir á Ud.—Apchis, apchis.—¡Jesús, María y José!—¿Y su señora de Ud.?—A la disposición de Ud.—¿Salió de su cuidado?—Tiene Ud.*

un nuevo servidor.—Pues déle Ud. un besito.—De su parte de Ud...

Todas estas y otras muchas fórmulas que ignoro ó no recuerdo, con las reverencias, ademanes, y saludos correspondientes á cada caso, se hallan minuciosa y prolijamente descritas en la *Biblioteca Espejo de los tontos*, de que tan abundante consumo tiene aún el mundo. En ella podrá Ud. estudiarlas, si gusta, mas al por menor para solaz y esparcimiento del ánimo. Por mi parte, como soy inglés y estoy verdaderamente hasta el tope de estas ó análogas mojigangas, también muy en boga en la aristocracia inglesa, me atengo á la formulilla de la preciosa malagueña que visitamos hoy, la cual, aunque no sepa otra cosa, ha tenido el buen juicio de comprender que el *á los piés de Ud.*, bien no signifique nada como Ud. cree, bien sea *un resto de salvajismo*, como nos enseña Spencer, es hoy una verdadera fórmula que se repite sin conciencia de lo que expresa, por aquello de *¿á dónde vas, Vicente? A donde va la gente.*

Tengo por seguro, además, que si Ud. le tira el sombrero á los piés á cualquiera andaluza cuando está bailando, ella lo recogerá del suelo y se lo pondrá en la cabeza, enseñándole á Ud. cómo estos simbolismos en que nadie repara, tienen un significado tan expresivo y característico, y hasta provistos de gracejo cuando se verifican con una intención dada, como son ridículos y desabridos, cuando se hacen por convencionalismo y mera fórmula, sin sentido alguno.

La cordialidad y el verdadero respeto entre los hombres va buscando cada día medios más racionales de expresión que esas mojigangas de los que el *á los piés de Ud.*, es sólo una muestra, y contra las cuales profesaba también, á su modo, la majadería de aquel *castellano viejo* (tan etiquetero, por otra parte, y que tan mal rato hizo pasar al pobre *Fígaro*), cuya singular

ciencia etimológica consistia toda en asegurar que la palabra cumplimiento se deriva de las dos voces *cumplo* y *miento*, en lo cual, si tomado en absoluto, hay mucho de erróneo, como pensaba Larra, no deja de haber también mucho de fundamento y digno de pensarse los que creen que el hombre no debe ser ya adulador, titere, ni esclavo, ni aun de mentirigillas.

LAS PAJARITAS DE PAPEL

A mi querido amigo el distinguido folklorista sevillano, Sr. D. Alejandro Guichot y Sierra:

La vista de la pajarita de papel, del barco ó lancha, del globo, de la flecha y el cajón, litografiados en la cuarta lámina de la preciosa obra recientemente publicada por el Sr. Pitré, con el título de *Giouchi Fanciulleschi*, despiertan en mi una serie de ideas y sentimientos que, con toda seguridad, no he de acertar á explicar ni á transmitir á Ud. en la picara noche en que le escribo esta carta en la villa del oso y del madroño, donde, como en Sevilla, me tiene á su disposición para servirle, ya que por mi desgracia no para enseñarle, ni para dilatar los anchos horizontes que su clara inteligencia descubre en asuntos folklóricos.

Las pajaritas de papel, con que según he podido ver en el excelente libro aludido, así juegan los niños de Palermo como los de Sevilla, son entre los juguetes infantiles uno de los más interesantes por multitud de razones, y desde cualquiera de los múltiples aspectos porque lo estudiemos. Las pajaritas de papel son, ante todo, un juguete baratísimo y un juguete que el niño hace, ó mejor dicho, *se hace*: las pajaritas de papel son, por tanto, un juguete de pobres y una verdadera aun-

que sencilla obra artística. La primera condición le imprime desde luego un carácter de popularidad; la segunda un elevado sentimiento pedagógico. Con una hoja de un periódico roto hay para hacer un regimiento de pájaras; el niño que desde chico se hace sus juguetes tiene mucho adelantado para bastarse á sí propio y para saber subvenir á sus necesidades, cuando sea hombre.

Entre el niño que sólo acierta á romper sus juguetes y el que sabe hacérselos, media un verdadero mundo, el mundo que media entre el holgazán que sólo vive para consumir lo que otros laboriosamente producen y el artista que todo lo embellece y todo lo hermosea. Si las circunstancias á que el sabio Spencer llama, si no recuerdo mal, factores externos sociales me llevaran alguna vez á dirigir una escuela, colocaría en su puerta este letrero: *No se admiten niños que no sepan hacer sus pajaritas de papel,* y llamo su atención sobre el posesivo anterior con que pretendo indicarle, siquiera no lo haya menester, una cuestión jurídica y moral de inmensa transcendencia; el niño que de un pedazo de papel sabe fabricar una pájara es, aunque sea hijo del más humilde y pobre artesano, *propietario* mucho antes que el hijo del opulento, que sólo sabe romper y destrozar los juguetes que caen en sus manos.

El primero hace; el segundo destruye: el primero transforma *apropiándose*; el segundo destruye *desapoderándose*: el primero da vida; el segundo mata, y la propiedad, querido amigo, debe ser, si no he perdido por completo los papeles, algo que desarrollándose y perfeccionándose vive, no algo que esterilizándose y atrofiándose muere. ¡Benditos, por tanto, los niños que hacen sus pajaritas de papel! Ellas son de los primeros gérmenes del arte infantil, y como todo gérmen, esperanza de sazonado fruto, si la tierra en que caen es de

buena calidad y acertado el cultivo. Vea Ud., querido amigo, por qué creo yo que el insigne Pitré y el ilustre Fentón encarecen, con razón, la necesidad de aplicar el estudio de los juegos infantiles á la Pedagogía.

Las pajaritas de papel no son, á mi juicio, un juguete inventado por nuestros niños, sino transmitido por la tradición, y un juguete cuyo origen, hoy ignorado para mí, no debe andar muy distante. (Ud., como geómetra y versado en ciencias matemáticas, me dirá lo que haya de cierto en mi presunción) del de esa serie de juegos, producto de la civilización arábiga, tan dada á la combinación de las formas geométricas en sus obras de arte. Los dobleces que se hacen en el cuadrado de papel para convertirlo en una pájara, una mesa, un cajón, un globo, un espejo, un carro, una lancha, etcétera, evocan en mí el recuerdo de los primorosos mosáicos orientales, cuyo secreto todo estriba en la acertada combinación de los ángulos, cuadrados, triángulos, rombos, etc.

¿Tiene algún fundamento mi sospecha? ¿Son las pajaritas de papel de ayer mañana, ó reconocen, como creo, un abolengo remoto? No lo sé, y por eso escribo á Ud. esta carta, deseoso de que me saque de dudas, bien confirmando, bien desvaneciendo mis sospechas. Mi tarea de propagandista me obliga á hacer pechar á usted con la carga de emprender por sí las averiguaciones que al estar menos ocupado le ahorraría. Pitré no nos indica de este juguete, que incluye entre los *Jochi di carta* más que los nombres de las diversas figuras que salen de nuestra *pájara*, en Palermo *cavadduzzu*. A las hechas delante de mí por quienes me aseguraban que de la pájara se obtienen más de veinte formas distintas, corresponden: *la gorra de cuartel*, *las argarillas*, *el bonete*, *el pescado*, *el cajón*, *el espejo*, *la lancha*, *el barco de vela*, *el carro*, *el caballo*, *el guardia civil*, *el globo*, *la car-*

tera, la mesa, el duende, y alguna otra que no recuerdo.

Respecto á los anteriores nombres y á los sicilianos citados por Pitré ó sean *lu cavadduzzu, la varca, la filecia, lu balluni, li vertuli, lu boltu, lu casciuneddu, la naveda, lu cappidduzzu,* me atrevo á llamar su atención porque, sea cualquiera el origen de estos jueguecillos populares, es evidente que en los nombres que toman las figuras que se derivan de *la pájara* se manifiestan los elementos diferenciales de la vida y cultura de cada pueblo. No es ya bajo este concepto el poli-morfismo, ó mejor dicho, la transformación y descomposición de los elementos geométricos lo más interesante, sino la relación establecida entre aquellas formas y los objetos á que se asemejan y los nombres con que se designan, v. g., *el guardia civil y el nazareno,* figuras que nos enseñan que el pueblo imita, con más ó menos acierto, lo que ve en la vida ordinaria, dentro del fatalismo de los medios geométricos de que dispone.

La sustancia de que las pájaras están hechas, ordinariamense el papel, llevará á usted seguramente, querido amigo, como de la mano al estudio de otra materia que considero no menos interesante que las apuntadas, á saber lo que podríamos llamar el *Folklore* ó *saber popular acerca de los juguetes de papel,* bajo cuyo término se comprenden multitud de objetos que no son las pájaras ni las formas derivadas del cuadro perfecto, plegado del sencillo modo que todos conocemos.

El toro, el torero, el picador, el chulillo, el caballo, las mulillas, el nazareno, el cura, y tantas y tantas otras figuras que sacan los niños de pedazos irregulares de papel, son tan interesantes, por lo menos, como los clásicos juguetes de que tratamos; en ellas lucen los niños su habilidad, su ingenio, su inventiva, su gracia y, en suma, sus cualidades artísticas mucho más que en las pajaritas y sus derivados.

El papel es un importantísimo material de los juguetes infantiles. ¡Lástima que lleve su docilidad hasta el extremo de sufrir sin quejarse, no ya que le conviertan en bonete de cura ó gorra de cuartel, sino que le emborronen de la pésima manera que hoy lo ha hecho su mejor amigo,

EL POETA SEVILLANO

DON LUIS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

Cámbiame esas tres motas.

Querido Luis: Muy lejos estaba de mí, al despedirnos, que había de ser el primer favor que te pidiera el que sirve de epígrafe á esta carta, favor que ha menester explicación, por el grave y transcendental problema *folklórico* que entraña, como verá el lector discreto, y la indiscreta lectora que caiga en la tentación de fijar sus lindos ojos en estas mal perjeñadas líneas.

La palabra *mota* que tú, como dedicado al estudio de los modismos, frases, vocablos, y toda clase de fenómenos gramaticales, decidirás si debe considerarse ó nó como un andalucismo, significa, en su acepción más concreta para todos los que habéis nacido ó nos hemos criado en esa bendita tierra de María Santísima, una moneda de dos cuartos, ó sea de cuatro ochavos, ó mejor fuera decir, de ocho maravedís ó maravedises, según llamaban en nuestras mocedades nuestros abuelos á la treinta y cuatro ava parte de un real.

Una *mota* era para mí hasta hace cuatro días una moneda de cuatro ochavos en toda tierra de garbanzos, moneda que por su ley, si no es que se niega al más plebeyo de los metales, el derecho á *tener ley*, derecho

que concedemos al oro y á la plata, valía mucho más que las que llaman en esa *perros chicos*, y aquí *perras chicas*, sin que acierte á explicarme esta especie de *mutatio caparum* ó trueque de albardas, que hubiera dicho Sancho Panza. Digo, amigo querido, que, en su acepción más genuina, una *mota* significa una moneda de dos cuartos chatunga y agraciada, y algo borrosilla por añadidura; y digo que en su aceptación más concreta, porque en su acepción más alta, *tener motas* ó dinero pareciame una cosa misma. Hable por mí sobre este punto intrincado de numismática popular, la, en mi opinión, muy soberbia *solearilla* que dice:

Gachó.
Gachó que no *abiya motas*
Es un barco sin timón.

Abiyar ó abiyelar motas, locución que tanto parece pertenecer al idioma gitano como á la gerga rufianesca, era para mí, cuando salí de Sevilla, sinónimo de tener dinero. La copia indicada era para mí lo que cada refrán para Fernán Caballero, esto es: *un evangelio chico*. Hoy, en Madrid, creo firmemente que *tener motas* y la carabina de Ambrosio todo es uno. En la capital de España el que *tiene motas* es como si nada tuviese, por la sencilla razón de que, no sólo no corren, sino que ni aun pasan; de aquí la necesidad en que me veo de pedirte, por la salud de la persona á quien tú mejor quieras, que me cambies las tres *motas* que te envío, á fin de no quedarme en la triste situación del *gachó* á que alude la coplilla de marras. Tres *motas* son 15 céntimos de peseta muy cumplidos, ó sea una perra grande con su cachorra, y con ellos ó ellas, según que pienses en los céntimos ó en la perra y su hija, hay para comprar multitud de cosas, que son, según he logrado averiguar, por todo extremo indispensables para la vida, y ¡qué digo para la vida! para el regalo y hasta para la últi-

ma de las resoluciones que puede uno tomar en este mundo, que es la de darse uno mismo el pasaporte para el otro barrio, la cual es la mayor de las barbaridades. Con 15 céntimos pueden comprarse, entre otras cosas, un bollo de pan, medio kilo de carbón, una copa de anisado, tres pliegos de estampas con mucha caballería, mucha artillería y mucha guardia civil, y, por último, tres cajas de fósforos que aquí llaman *cerillas*, olvidándose de la cabeza, que es en los fósforos como en los hombres políticos, lo que más *luz* produce, y cállate la explicación de este luminico y andalucísimo modismo. Con 15 céntimos, por tanto, un hombre no es completamente el barco sin timón á que alude la copla.

Pero ¿por dónde, se te ocurrirá preguntarme, has aprendido la infinidad de cosas, que ya pareces saber en los cuatro días que llevas en Madrid? ¿Cómo has podido resolver en tan poco tiempo el terrible binómio de que un bollo con medio más cuesta quince céntimos y otro tanto con nueve centimos el kilo de carbón y el doble decilitro de aceite? Cuatro días de haber ido al mercado, te darán la clave del problema. Newton y Spencer son ya para mí en matemáticas y en sociología, niños de teta; y aun se me antoja que no saben un pimiento de estas cosas comparados conmigo. Y á fe, querido Luis, que si en estos intrincadísimos puntos de alta sociología empiezo á ser un sabio, mis buenos trabajos que me cuesta. Y poco que se han *pitorreado* conmigo estos madrileños oyéndome decir: «Dé Ud. á esa mujer cuatro cuartos de sal, dos libras de tomates, una de carne y un cuarterón de tocino.» Lo que nos ocurrió con el carbonero y la hortelana á que aquí llaman verdulera, fué para esculpido en mármoles y grabado en bronces.—¿Qué desean? nos preguntó el carbonero.—¿Que qué deseo? dije para mí: el día que tú fueras capaz

de averiguarlo, dejabas de ser carbonero para toda tu vida.—¿Que, qué deseamos? Dos libras de carbón, le contesté sin vacilar.—Un kilo querrá decir, señor.—Bueno, un kilo, lo mismo da.—¿Cuánto vale?—Veinticuatro céntimos: dos perras grandes y una chica.—Vaya, un real.—Tome Ud. un céntimo que sobra, me replicó con socarronería, mientras un señor y varios marchantes que había en la tienda me miraron con aire estupefacto.

Al día siguiente volvimos por carbón. En la carbonería estaban el carbonero, su mujer, la portera de la casa, dos vecinas, tres mozos de servicio y el caballero del día anterior, el cual, sin duda, debía ser muy entendido, porque al oirme pedir cuatro libras de carbón, aprovechando los momentos en que yo aguardaba á que me despacharan, tirando del vestido á la portera y señalándome con la vista, pareció decirles: ese, ese es el caballero que todavía pide el carbón por libras. Todos me miraron con la misma extrañeza con que nuestros hijos vieron por la vez primera al gigante chino.

Lo de la vendedora de tomates fué aún más triste para mí. Deme Ud., le dije, con el aplomo y la seguridad del que domina ya la situación, un kilo de tomates. ¿Cuánto?—pregunté alargando mis tres motas. -¡Señor, señor! dijo, muerta de risa—esas monedas no pasan en Madrid.—¿Cómo que no pasan, señora? pasarán, á lo menos, por monedas de perros chicos, ó de perras chicas, como ustedes les dicen. De ningún modo, pues y ¡poco que nos ha costado á nosotras aprender el nuevo sistema!!!...

La extrañeza de aquel señor de la carbonería y la risa de la hortelana y de la portera y del corro de criadas que la rodeaban, llegaron á enojarme. Yo sé lo que es un kilogramo y un litro y lo que es más un decilitro y un miligramo; pero que se burlaran de mí, porque

se me escapaba decir libras y cuarterones y cuartos y *motas*, los que acaso, acaso, han necesitado un quinquenio para enterarse de todas estas fustezas, me desesperó. Burlarse de los cuarterones y las libras, y, sobre todo de las *motas*, querido Luis, equivalía para mí á burlarse de *Folklore Andaluz*, es decir, de los elementos típicos y característicos de nuestra cultura. ¿Qué será de nosotros el día que, como estos madrileños, contemos por céntimos de peseta, y pidamos las mercancías por gramos y fracciones de litros? ¡Maldito, maldito sea el sistema métrico decimal! si ha de ser causa de que los castellanos se burlen de los que habéis nacido ó nos hemos criado en esa originalísima tierra en que aun sigue en vigor el quizás abigarrado pero muy pintoresco lenguaje de la *mota* y el *ochavo*, el *calé*, la *bea*, el *macho* y la *jara*.

Después de todo, entre el sistema decimal y el popular de pesas, medidas y monedas existen diferencias muy dignas de estudiarse y de ellos se ha formado un verdadero baturrillo de que no son ciertamente los pueblos los responsables. Si no circularan las diversas especies de monedas que circulan, nadie hablaría de *motas;* pero el *folklore* seguiría viviendo, como sigue, sin duda, en la denominación de *perros chicos* con que el pueblo hace la apología del arte numismático contemporáneo.

Entre el sistema métrico decimal y el popular se observa una oposición análoga á la que existe entre el arte y la ciencia. El céntimo representa la inteligencia que lo mide, lo pesa y lo calcula todo; el ochavo, la imaginación que todo lo hermosea, ora agrandándolo, ora empequeñeciéndolo. El primero es el progreso que viene, el segundo la tradición que se va.

Representante de ésta en la ocasión presente, herido en mi amor propio, he renegado del sistema cienti-

co. ¡Cuántos beneficios, sin embargo, cuántos adelantos significa la necesidad mia de hoy de cambiar mis tres *motas* por tres monedas de cinco céntimos, con que quisiera comprar un cuadernillo de papel ó un sello para enviar á la calle Levies, núm. 3, esta palomita blanca y negra, que vuela y no tiene alas, habla y no tiene lengua!

La adopción del sistema métrico decimal pensaba, después de pasado este rato de mal humor que me produjeron las burlas de estos madrileños por mi pícara costumbre de hablar á lo folklorista andaluz, está llamado á ejercer una influencia por extremo moralizadora en la educación popular. El sistema métrico decimal está llamado á corregir á los andaluces de un vicio del que sin razón nos envanecemos; por aquel, pásmate del imposible que te pronostico, hemos de llegar á conocer algún día lo que no hidalga sino berberiscamente hemos ignorado siempre; *el valor del dinero*. Las *Armonías* de Federico Bastiat, sus primorosos *Estudios económicos sobre lo que se ve y lo que no se ve*, la obra monumental de *Sociología* de Heriberto Spencer, todas juntas no me enseñaron lo que me han enseñado ahora el espanto del señor entendido y la socarronería del carbonero y de la verdulera.

De estas burlas, querido Luis, quisiera sacar una lección fecunda para mí y para los que considero mis paisanos. El día que los andaluces sepamos apreciar lo que vale un duro, á ti que eres tan inteligente como delicado de sentimientos puedo decirtelo, seremos menos aficionados quizás á echarla de plancheta; pero seguramente más ricos, menos desdeñados y contra los que ordinariamente se piensa, *más generosos* y menos esclavos de lo que no es, en definitiva, más que una de las infinitas formas en que se traduce y significa nuestra extraordinaria vanidad. Entonces comprenderán

estos vendedores por litros y kilogramos, que miran hoy acaso á tus paisanos por debajo del hombro, lo que puede resultar de que un andaluz se entere *á tiempo* de lo que vale un kilogramo de carne ó medio kilo de patatas.

Procura, pues, por cuantos medios puedas, que el Dios Momo desate su furor contra los incautos que aun hablan como yo, haré una semana, de cuarterones y de motas. Procura que los gobernantes de nuestra Sevilla manden recoger las monedas antiguas, y que lleguen, como creo que han llegado en Madrid, á imponer fuertes multas, y aun á meter en la casilla á los que osaban servirse de aquellos venerandos vocablos, cuyo empleo ha valido á tu amigo en esta ocasión tantas desazones; y luego, cuando esto se haya conseguido, demostraremos juntos á estos dóciles castellanos, cómo en la salvaje y folklórica repugnancia del pueblo andaluz á aceptar los nuevos métodos, hay algo de grande y delicado, cuya comprensión les ha de costar más tiempo que á nosotros la de estas últimas mojigangas de... Deme usted diez centigramos de azafrán, ó una *perra chica* de Valdepeñas.

Cámbiame, pues, querido amigo, las pícaras tres motas que te envío, ya que afortunadamente para mi, aún pasan en nuestra ciudad querida, y en adelante procura tener todo tu capital en monedas de céntimos de peseta, á fin de que no te veas en las amarguras ni pase por los tramojos que en esta ocasión ha tenido que sufrir por su amor al *Folklore andaluz* y á la numismática vulgar andaluza tu buen amigo.

LA AGUJA

Tamaño como una arista
y le hace al rey que se vista.
(Adivinanza popular.)

¡Qué chiquitita, qué tenue, qué diminuta es!

El pueblo, que lo sabe, ha expresado su pequeñez en esta copla:

Buscar el honor perdido
es lo mismo que buscar
una aguja de las finas
que se pierde en un pajar;

esto es; un imposible. Y, sin embargo, esta cosa tan chica ¡qué importancia tiene!

Per me reges regnant: por mí reinan los reyes, puede decir la aguja. Sin ésta, indica la adivinanza popular, los reyes andarían hechos unos Adanes, en el sencillísimo traje que usan los chiquillos de los gitanos pobres en los meses de calor, allá por los clásicos barrios del Pérchel y la Viña; si la aguja no cumpliese con su oficio, nos veríamos negros para distinguir á un rey de un salvaje bravío ó de un habitante de las Urdes. Un rey en una *toilette* tan de mañana y veraniega, resultaría hasta para los mismos fusionistas, que es el pu-

lido más adicto á la monarquía que en Europa se conoce, un ser inconcebible. El día que las agujas digan que nones, el día que las agujas se amotinen, los tronos rodarán por el suelo. De aquí á allá hay que dar aún muchas puntadas; las revoluciones no se hacen *cortando*, sino *cosiendo;* cuando los hombres políticos se penetren de esta verdad, que ya entrevén algunos, ¡pobres reyes!

El orígen de la aguja es por extremo modesto y completamente natural: sólo en los cuentos de encantamento y en los libros sagrados de todas las religiones positivas, con que se alimenta, y seguirá aún alimentando por mucho tiempo la credulidad de los niños y de las gentes en quienes predomina el sentimiento y la fantasía sobre la razón, se habla ya de inventos que brotaron perfectos de las manos de su creador y tan súbitamente como se encienden hoy, por ejemplo, los mecheros eléctricos de la Cervecería Inglesa.

La aguja, como todas las cosas, tuvo un orígen humilde; sólo con el tiempo ha ido levantándose á mayores. El pariente más remoto que le conocemos es la lezna primitiva, que consistía en un hueso afilado y aparece empleada ya en los pueblos salvajes; con ella los habitantes de la Tierra del Fuego horadaban sus pieles de guanaco, introduciendo el hilo á través de los agujeros que abrían y echándole un nudo en cada uno, sencillo procedimiento que hallamos en uso todavía entre nuestros maestros de obra prima.

En las cavernas de Francia pertenecientes á la remota edad en que vivían el rengífero y el mamut, animaluchos antiquísimos que han llegado á extinguirse, se han encontrado agujas de hueso provistas de ojo, con les cuales los hombres de aquellos tiempos cosían sus vestidos de pieles.

Después de esta edad, que se divide en dos periodos, el de la *piedra tosca* y el de la *piedra pulimentada*, viene la *edad de los metales*, y con ella la elaboración de las agujas de bronce, de que pueden verse numerosos ejemplares en los Museos arqueológicos. La aguja, hija de la lezna, según estas indicaciones, se emancipó ya de su madre en la edad de piedra. ¡Ya veis si cuenta años la pobrecilla!

—

Pero la historia de la aguja, ó mejor dicho, su modo de crecer y desarrollarse, resulta muy raro y singular. La aguja ha adquirido importancia empequeñeciéndose; no parece sino que ha puesto todo su empeño en hacerse imperceptible. Su generosa obra, sin embargo, os delata, como su olor á la violeta, también amiga de raconderse.

La aguja, que en definitiva constituye un instrumento perforante, de que la Naturaleza nos ofrece modelos en el aguijón de los insectos y las espinas de los arbustos, ha seguido un desenvolvimiento análogo al de la espada; pero cifra su título nobiliario precisamente en el carácter opuesto. Sirviendo ambas para pinchar, la espada ha ido alargándose; la aguja ha ido embebiéndose. Las dos señalan un adelanto en su desarrollo. La punta de flecha, prolongándose, ha llegado á convertirse en espada; la lezna, achicándose, se ha convertido en aguja. El arma mortífera, que separa, se ha prolongado para hacer el daño desde más lejos; el utensilio que une, se ha ido acortando cada vez más, para hecer el bien desde más cerca. La aguja es obrera por excelencia. Las encuadernadoras, cosiendo los pliegos, hacen los libros que en la mayor parte de los casos no aciertan á hacer los autores. La espada es esencialmente militar, imperial, monárquica y guerrera.

Si una espada ó un estoque, esto es, una *aguja larga* hiere, otra *espada más corta*, esto es, una aguja, una los puntos de la herida y favorece la cicatrización y le cura. Entre la espada que hiere y mata y la aguja que cose y sana, la civilización se decide por esta última. Singer es más grande que Krupp.

—

Pero ¡maldito Singer! ¡maldito Singer!, dirán algunas costureras. Las pícaras máquinas han venido á robarnos el sustento y á quitar valor á nuestro trabajo. ¡Maldito Singer! ¡maldito Singer!, susurrarán á vuestros oídos los enemigos de la civilización, los interesados en haceros creer que todo adelanto es obra del demonio, y las máquinas, por tanto, un daño para vosotras. Observad, sin embargo, que creerlo así equivaldría á declararos inferiores á las mismas máquinas á las que envidiábais, y á suponer que Dios, la Providencia ó el destino, habían decidido que existiesen siempre dos categorías infranqueables de mujeres: las mujeres que rompen y las mujeres que cosen; las que podríamos llamar las *mujeres-espadas* y las *mujeres-agujas*.

No, lectoras, no. Si todas las mujeres son por naturaleza iguales, lo justo es que todas las mujeres cosan; si todas las mujeres son por naturaleza iguales, lo equitativo es que todas las mujeres rompan, esto es, que todas disfruten de los beneficios y ventajas de la costura. Que no haya mujeres con derecho á pensar con el mendigo de Espronceda:

Otros *trabajan* por que *luzca* yo.

No, lectoras, no. La máquina de coser, como todas las máquinas, no es, no puede ser, racionalmente pensando, perjudicial á los intereses de la clase obrera. Todo lo contrario. Los obreros tienen en las máquinas

obedientes auxiliares. La misión de las máquinas es redimirlos y dignificarlos. Haciendo ellas el trabajo en que antes se consumía la fuerza muscular del obrero, convierte á éste en verdadero director de la máquina, y le obliga á un ejercicio más intelectual y menos mecánico; esto es, lo aleja de la bestia para hacerle hombre. El hombre, el verdadero hombre, no existe todavía; es, si bien lo pensáis, una mariposa en estado de larva, un ser en formación; el mono, tío carnal suyo, tiene aún muy poco que envidiarle; una gran recepción de la corte en palacio, una fiesta eclesiástica, una solemnidad académica, bastan para poner de relieve esta verdad. ¿Qué son las grandes cruces, las bandas, los arreos, los galones del general y del lacayo, la borla, muceta y vuelillos de los doctores, las pelucas empolvadas, los calzones cortos, las medias de seda en piernas de alambre; esos pobres niños, puestos de adorno en las delanteras de los coches de los aristócratas, que inspiraron á Eusebio Blasco el artículo *Manolín*, uno de los mejores que ha escrito, qué son esa infinita variedad de armas con que los hombres se matan, llamándose hermanos para mayor irrisión, más que una prueba de nuestra condición simiana? Después de todo, en lo fundamental, discretos lectores, ¿qué diferencia encontráis entre los chiquillos que se apedrean en las Vistillas ó en Chamberí, la artillería alemana bombardeando á Sedán y los monos de Regent's Park, un Museo zoológico de Londres, apedreando á los que pasan con las bayas espinosas de los árboles á que se cuelgan de la cola? ¿No véis claro que todo esto no son más que formas diferentes de la misma cosa?

—

La máquina es esencialmente democrática y republicana. Laboulaye, en su preciosa obra *París en Amé-*

rica, no nos habla de criados, sino de máquinas. Ellas facilitando la obra y multiplicando los productos, ponen los adelantos de la civilización al alcance de todas las fortunas; hace dos siglos, acaso no llegarían á un ciento las personas que pudiesen hablar en sus últimos años, como de un acontecimiento solemne de su vida, de haber ido en coche alguna vez. Hoy ha bastado tender dos cintas de hierro en las calles para que millones de obreros transiten por ellas, exactamente con igual comodidad y derecho que la más endiosada aristócrata El tranvía y el raíl, muy imperfectos todavía, constituyen sólo, según sabéis, un perfeccionamiento en las máquinas de arrastre.

—

Las de coser, que han difundido y multiplicado al infinito el uso de la ropa blanca, tan beneficiosa á la higiene y á la misma dignidad personal, incompatible con el desaseo y la miseria; las de coser se perfeccionarán pronto hasta un límite de que hoy no nos formamos clara idea. *Maquinita, cose*, podrá decir un día la pobre costurera, como en los cuentos de encantamento. *Agujita, cose la ropa de mis hijos*, dirá la honrada madre de familia, hoy agobiada por el exceso de trabajo. Y la humilde agujita, sumisa, obediente, leal, coserá, coserá sin descanso, realizando generosa el más sublime de los sacrificios: el de servir de criada á su antigua compañera, á la que dió tanto tiempo de comer.

Para entonces, pobre aguja, no lo dudes, redimida la madre de familia, dignificada la obrera, enaltecido el trabajo, y rotas y deshechas y disipadas las negras nubes que anublan hoy la inteligencia, haciéndole desconocer *la grandeza de tu pequeñez*, para entonces, aguja redentora, tú también serás dignificada como debes; tu hermana de hoy, poetisa gigante mañana, tendrá

para tí un himno solemne, que con varoniles acentos entonará un pueblo de trabajadores y hombres libres.

Mientras llega ese día, pobre aguja sigue enviándome, cariñosa como hasta aquí, tus dulces y misteriosos reflejos, mil veces más apreciados para mi que los del diamante, porque en ellos veo luces de hogar, de honradez y de virtud verdadera.

EL AVENTADOR

El hábito no hace al monje.
(*Refrán popular.*)

¡Y tanto como no lo hace!

Con su vestido de esparto, el soplillo de la cocina es todo un cumplido caballero. Inútil sería buscarlo en Francia ó en Inglaterra; jamás ha consentido que le llamen Mister ni Monsieur. ¡Así se anda el pobre de medrado! Siendo el soplillo el verdadero rey de los aventadores, puede, sin embargo, ser definido así: El abanico que *menos cuesta* y que *más vale*; el abanico que *más sirve* y al que *menos se estima*. ¿Habrá con estos antecedentes necesidad de declarar su patria? El soplillo es español por todos cuatro costados; si no lo ha sido en su origen, se ha ganado como nadie su carta de naturaleza en esta hidalga tierra; dada su definición, si no fuera español, merecería serlo.

¿En dónde se encuentra? En todos los pueblos, aldeas y ciudades de España; en donde quiera que haya un *buen Juan* que trabaje y una *pobre Dolores* que sufra, allí está el aventador. Por una anomalía, también genuinamente española, en Cuba, país de negros, las negras abanican á las blancas; en España, país de blancos, las blancas pasan una parte abanicando al carbón, esto es, á un negro. El soplillo sabe, entre otros

este raro secreto: si alguna vez llegase á contarnos su historia, muchos abanicos de oro y de marfil se avergonzarían, incluso acaso algunos cuyo país embelleció Goya con su primoroso pincel. El aventador, como la aguja, tendrá que esperar que le llegue su día, y entonces comprobará ante un tribunal de verdadera justicia que es cierto el refrán que encabeza este artículo: *El hábito no hace al monje.*

—

El soplillo de la cocina, el aventador, es un *látigo*, y como látigo puede sufrir el parangón con los mejores de su clase: con los que emplean los aristócratas españoles en la Península para arrear á sus caballos; en Cuba, para arrear á sus negros.

¡Arre, arre!—dirá Dolores, avivando con el soplillo la candela de su pobre cocina.—¡Arre! ¡despierta! ¡no me seas perezosa! ¡enciéndete pronto! Juan vendrá del trabajo y traerá ganas de comer. ¡Es tan ruda su faena! Además, la niña despertará ya, y cuando despierte habrá que darle algo. ¡Arre, arre, candelita! ¡Calienta el agua pronto, cuece pronto la olla; ya sabes que hay mucho que hacer, y que esta noche tengo que planchar! ¡Arre, arre, no me achicharres la sangre; quémate pronto, y estaremos iguales: ya sabes que ha de llegar un día en que descansemos las dos!...

—

El aventador es más que un látigo y un abanico; es un verdadero *duendecillo*. ¡Pero qué duende! ¡Con qué facilidad se pierde el pícaro! Se os ocurre que estará en la hornilla entre la ceniza, regodeándose en su obra, y lo encontráis muerto de risa detrás de la tinaja. Lo buscáis colgado junto al almirez, y ¡que si quieres! allá se anda él solazándose debajo de la artesa. ¿Creéis acaso que estará en la carbonera? Pues él se encuentra muy

risueño y muy curioso metido en el cajón de la basura, viendo si puede leer los papeles que tuvísteis la debilidad de echar en él. Lo creéis fijamente en el cogedor, y lo halláis fuera de la cocina, sosteniendo no sé qué animada conversación con un gatillo negro, tan retozón y ligero de cascos como él. Travieso como un chiquillo, anda jugando siempre al escondite y friéndole la sangre á la cocinera, en vez de ayudarle, como debiera, á cumplir con su oficio. Aunque juguetón y travieso, el aventador es un buen compañero de la mujer del pobre Juan: cuando el soplillo corre, el carbón, chisporroteando, se aleja, y el aceite canta, formando un terceto musical cuyo mérito no apreciamos los profanos como sin duda lo apreciaba una barbianísima profesora de guitarra andaluza, que compuso, no sé si al aventader ó á su anafe, esta cancioncilla, no desprovista de cierto gracejo é ingenuidad:

Sopla vivo,
Peloncillo,
que se enfrían
los panecillos,
y ya el aceite ligero
canta lo mismo que un grillo:
sopla vivo,
Peloncillo.

—

Pero *Peloncillo*, así le llamaremos ahora, es más que un abanico, un látigo y un duende: es todo un señor *alquimista*. Mediante él se verifica la combustión, que es uno de los fenómenos químicos más importantes y dignos de estudio; por él arde, no solo la sangre de la cocinera, sino el carbón, y el ácido carbónico se marcha con la música á otra parte. El día que Peloncillo le cuente á su honrada compañera la mitad de las co-

sas que sabe y presencia, el buen Juan no tendrá que salir para ganarse el sustento con el sudor de su frente, y la pobre Dolores no se achicharrará la sangre al pie de la hornilla. Los químicos mejores no son, si bien se mira, más que unos discípulos aventajados de Peloncillo: por desdicha, han salido tan egoistas y reservados para con el pueblo como su maestro.

—

El duende Peloncillo, así llamaré en adelante al desdeñado aventador, no es sólo un *alquimista;* es también un *teólogo* de primera fuerza. Por algo había de ser él tan listo y tan travieso. Peloncillo no es de los que se andan por las ramas, sino que se va derecho al bulto. Para estudiar Teología, pensó, y no pensó mal, lo mejor que debo hacer es irme á las mismas fuentes y dejarme de doctores é intérpretes, que por buenos y sabios que quieran suponerlos, al fin y al cabo son hombres, y como tales, pueden engañarse ó engañarme con la más piadosa intención: y dicho y hecho, así lo pensó Peloncillo, y así lo hizo, y cátatelo ahí pasando su vida entre dos dioses, el *Aire* y el *Fuego.*

Al *Fuego*, le dijo á Peloncillo su pajarito verde, le rindieron culto en Asiria, en Caldea y en Fenicia; en el templo de Baal Tirio no había, por único ídolo, más que el Moloch de Canaám, el fuego eterno á que se sacrificaban niños de carne y hueso. El fuego, *Agni* en sanskrito, es un verdadero Dios de dioses, un dios de tantas campanillas que en el Rig-Veda se halla la siguiente oración:

«¡*Oh Agni Todopoderoso!* Ningún mortal, ningún otro Dios puede sustraerse á tu poder.»

Al *Aire,* y al viento y á los vientos, les rinden aún y les han rendido culto en muchos pueblos: conocido es Eolo entre los griegos; Tylor, en su excelente obra

Primitive Culture, nos habla de muchas divinidades aéreas, citándonos entre ellas, por no multiplicar los ejemplos el gran *Grofe*, espíritu de los vientos, que es una divinidad entre los iroqueses; *Ukko*, que es dios del cielo y dueño de los vientos; *Tumle Ema*, que es la madre de estos dioses y una especie de Santa Ana aérea, y *Mauí*, dios de mucho fuste y respetadísimo en la Polinesia.

Enterado de estas y otras muchas cosas, que antes ignoraba el pobre Peloncillo, convencido de que en la humanidad se ha adorado y se sigue adorando aún á las piedras, á las plantas, á los animales, á los astros, á los cuatro elementos, á los ríos, á los pozos, á las nubes, á la cosecha, á la lluvia, al arco iris, y ¿á qué más? á los adivinos y á la misma guerra, Peloncillo se dijo: Para adorar á un roble, á un buey, á una serpiente ó á un hombre, siempre tengo tiempo; puesto que mi oficio me ha llevado á servir al aire y al fuego, que, después de todo, no tiene menos títulos que Mahoma ó cualquier otro reformador por el estilo para ser dioses, como á tales veneraré á esos caballeros, y á su lado estudiaré Teología.

Acomodado y avenido con su situación, Peloncillo, que no deja de tener su miaja de malicia, comprendió bien pronto que sus señores el *Aire* y el *Fuego* eran dos divinidades en decadencia; porque también los dioses, discretas lectoras, vienen á menos, como los individuos y las familias, cuando quieren estirar el pie más allá de donde alcanza la manta.

Peloncillo, que tiene ordenada su vida á las mil maravillas, reparte su tiempo entre jugar al escondite, estudiar química y aprender Teología. Raro es el día que hace rabona á su clase, que es la hornilla; en ésta se pasa por lo menos un par de horas oyendo las explicaciones de su maestro, y luego cinco ó seis alternan-

do muy higiénicamente el juego con el estudio y el trabajo con el descanso. Ya sabe el muy ladino que el *Agni* de la India y el *Mauí* de la Polinesia se odian, no sé si cordialmente ó *á lo divino*, que es para Peloncillo el superlativo de cordial. Ya sabe que el aire *asesina* al carbón, como que lo consume, y que el carbón *roba* al aire, como que le quita el oxigeno. ¡Pero *robo* y *asesinato*, santo cielo¡ ¡Pues sabéis que es buena la materia religiosa que se aprende acudiendo á las fuentes! —como dice Peloncillo. Si así se pelean las divinidades muertas, ¿qué harán las vivas?

Pero ahora que pienso, ¿á qué hablaros de lo que Peloncillo puede enteraros mucho mejor que yo? El sabe mucho más de química y de religión que los alquimistas y teólogos, y empieza ya á combinar unos conocimientos con otros en una forma singular; ya sabe que lo que es *odio* y *guerra* entre los dioses, es *amor* y *verdadera armonía* en la Naturaleza; ya ha observado que en la combustión, en la cual el carbón y el aire, como dioses, se matan y se roban, se verifica un verdadero casamiento, cuyos hijos, entre otros se llaman *calor* para la holla y *ceniza* para la industria. Peloncillo sabe... Pero este artículo ha de acabarse, y deciros todo lo que sabe sería el cuento de no acabar nunca.

Peloncillo es, como os he dicho, un completo caballero, español á carta cabal, travieso, porque no en balde se estudia Teología, y bueno, porque no en vano compite con los niños en su pasión por jugar al escondite y en la actividad que despliega arreando al carbón, que, á falta de caballo, según dice, le sirve de borriquillo moruno.

Quered al duende Peloncillo, honradas mujeres de Juan del Pueblo. Condenado á muerte en toda Europa, sus dias están también contados en España; pero en los pocos que le restan de vida, él puede, si sabéis pre-

guntarle, enseñaros conocimientos mucho más útiles que los más encopetados y aristocráticos abanicos, los más serviles de todos, porque pasan la vida echándole aire á la molicie y á la *ociosidad, madre*, según un antiguo adagio español, *de todos los vicios*.

EL POETA JUAN DEL CAMPO

Juan del Campo era el hombre más original que he conocido: su originalidad consistía en asemejarse extraordinariamente á sí mismo, diferenciándose lo menos posible de todo el mundo. Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, ni blanco ni moreno, ni viejo ni joven, Juan se parecía á cualquier otro hombre como una naranja á otra naranja del mismo árbol, como un olivo á otro olivo, como el terrón de tierra que levanta el arado, al terrón inmediato. Agachado parecía una mata; enhiesto un arbusto; el color de sus ojos no era negro, ni azul; el de su cabeza, con tener muchas canas, distaba todavía de ser blanco; era aplomado, ceniciento, de hábito franciscano. Vestía casi siempre chaqueta parduzca, sus pantalones eran comunmente de lienzo, su camisa, que hubiera sido blanca, pues era limpio como el oro, á consentirlo el género de tela que en ella empleaba, contrastaba apenas con su faja encarnada, la cual, sin embargo, hacía destacarse á Juan dentro del bosque, de que casi nunca salía, como se destaca una amapola entre matas de tomillo y romero, de jaras y de lentisco.

Juan ostentaba en su persona y en su traje esa sobriedad de color que tan bien supo sentir, comprender é interpretar Velázquez en sus inmortales cuadros.

En cuanto á la parte moral, Juan era por lo parecido á los demás hombres casi tan vulgar, común y ordinario como por su traza, catadura y modales.

Decía de sí mismo que él «andaba hacia delante porque veía andar á otros; que no tenía más luz que la del día, y que no rebuznaba porque no le embargasen.» Y sin embargo de todo esto, Juan era un poeta; un verdadero poeta; cualidad en que nadie advirtió hasta que aquél murió, ó lo que es lo mismo, siguió siendo tan de tierra como lo había sido antes durante su vida.

—Cuando yo me muera—había dicho Juan del Campo á sus hijos—no os apuréis poco ni mucho; la muerte y el agua se rodean cuando menos se percata uno; la muerte es natural, y no hay que llorar por mí; *el muerto al hoyo y el vivo al bollo.*

Juan murió viejo; no fué necesario encargar una caja especial para él; sus hijos pidieron una para conducirlo al cementerio; la primera que les dieron bastó, viniendo que ni pintada al cuerpo de Juan: Juan tenía de largo, de ancho y de grueso la estatura media...

Al entierro de Juan del Campo fueron pocas personas: un compadre suyo, jardinero como él; un hijo, zapatero, que tenía consigo; otro hijo suyo cantador que en la noche antes se había enterado en un café de que su padre estaba agonizando y tres vecinos del corral en que vivía fueron los únicos acompañantes de aquel duelo, al que asistieron también un perrillo fiel y un nieto de Juan de como hasta unos quince años, hijo del cantador y que ya rasgueaba la guitarra, sabiendo acompañar tres coplas de jaleo y tocar la zarabandilla con bastante gracia.

***

Juan del Campo comenzó muy temprano su carrera; hijo de pobres, desde niño necesitó ganarse el sustento.

Aún no tenía doce años cuando entró en un cortijo de porquero, dedicándose á la guarda de aquellos animales. De porquero aprendió Juan multitud de cosas. Nadie como él hacía unas migas molineras, ni majaba un gazpacho, ni migaba un sopeado, ni aderezaba un cabrito en las grandes solemnidades. Nadie como él sabía dónde hacen las liebres su cama, dónde anidan las perdices y se mata un conejo, chillándole con la uña del águila ó una hoja de olivo. Sabía los aguaderos á que por la tarde bajan las palomas á beber, el paso de las tórtolas, la hora que es en cualquier época del día ó de la noche; interpretaba como nadie el balido de la oveja, el relincho del caballo, el mugido del buey, el gruñido del cerdo, el canto de la alondra, el murmullo del agua, el zumbido del insecto, el movimiento de las mieses, el cacareo de la gallina, el silbido de la culebra, y esos miles y miles de ruidos tan misteriosos y vagos para los poetas, como expresivos y conocidos para la gente rústica.

Juan era muy mañoso; económico como la hormiga, trabajador como la abeja, industrioso como el castor y diestro para remedar como el mono, aprendía cuanto veía hacer. Desde la vara y la tarja hasta la cuchara y el dornillo; desde el puesto de ramas donde se aguarda á la perdiz hasta la red y el pito con que á la codorniz se caza, todo salía primorosamente hecho de sus manos. Su vida en el campo y su trato con gañanes y trabajadores le hicieron astuto: nunca estuvo ocioso; siempre sirvió á quien le rodeaba; siempre aprendió cuanto pudo aprender.

A los veinte años Juanillo había tenido ocasión no solo de guisar el pan en cuantos guisos tiene; de construir desde la cuchara de palo hasta la cabaña, el tinaón y el almiar, sino que había arado, cavado, escardado, podado, ingertado, vareado aceituna, desgranado

mazorcas, dirigido una trilla, aventado, sembrado, talado, castrado colmenas, y cazado con lazos, redes, trampas, reclamos y cuantas artes ha ideado la astucia humana contra la astucia de los animales, nobilísima ascendiente de aquélla.

***

Juan, criado en el campo, se aficionó á él. Por las tardes recogía en el monte unos cuantos haces de leña y los llevaba á las tahonas del pueblo inmediato. Juan veía que aquella leña, mejor fuera decir que aquellas plantas, verdes y olorosas á la mañana, mustias y secas á los pocos días, ardían en los hornos con un chirrido que á él, sin saber por qué, le producía una impresión más triste, una emoción más honda que el aullido del lobo y el ladrido del perro y el balido tímido de la oveja, en que confusamente entreveía una armonía de sonidos que, turbando el silencio de la noche, transparentaban para él una armonía y correspondencia de sentimientos que no acertaba á explicarse.

Juan reparó, miró un día lo que estaba viendo todos, y sin poderlo remediar asoció lo que vió al chirrido de la leña al arder en el horno de la panadería. Entonces cogió un papel, y como pudo borroneó en él estos cuatros renglones, que hoy circulan por ahí con el nombre de *adivinanza*:

En el campo me crié;
verde fué mi nacimiento;
donde quiera que me llevan
es para darme tormento.

Decididamente el bruto de Juan llevaba muy á pecho que las retamas que él cortaba con la hoz ó los arbustos que él abatía con un hacha fueran luego que-

mados en el horno. ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¡Vaya usted á leer en la confusa mente de un porquero!....

***

Juan seguía llevando leña á las panaderías; leña menuda casi siempre, leña de monte bajo. Cuando podía llevaba también leña más gruesa. Un día en una hacienda conocida, hizo extragos el vendaval: el dueño; que era amigo suyo, le dijo con pena señalando á un hermoso naranjo secular que yacía derribado en el suelo, arrancado de cuajo y con las raíces al descubierto; Juan, llevátelo, y saca de él el partido que puedas; Juan no se hizo de rogar, serró su hermoso tronco y con su carga de leña se llevó el naranjo. Al entrar en la tahona y descargar su burro, un caballero que estaba en la panadería vió el naranjo y dió á Juan por él más de lo que le valió toda la otra leña junta que llevaba. ¿Para qué querrá este buen señor este naranjo? se preguntó con curiosidad. Sea lo que quiera, pensó Juan, que si era trabajador y económico era interesado también, ¿á mí qué me importa? Me lo ha pagado bien, con que haga con él lo que quiera; el huracán lo derribó, ¿qué mucho que, caído, sirvá mañana para calentar tan sólo el fuego de una chimenea?

***

Han pasado tres meses; durante ellos, ó mejor dicho, durante el poco tiempo que Juan, de vuelta de sus faenas campestres, permanecía en el pueblo, ha tenido ocasión de saber que el naranjo no ha servido para dar pasto al fuego de una chimenea El naranjo esta vez va á ser combustible de un fuego más intenso... un hábil artista ha trazado en él la imágen de un San Sebastián, que va á colocarse en una iglesia á la que dará nombre. El naranjo se ha convertido en una verdadera joya, ¿quién lo conocería? Juan, que está en el

secreto, ansía verlo en el altar. Era para él cosa tan inusitada ver convertido en santo á un tronco de naranjo!..

***

Pasó algún tiempo. El pueblo en que vivía Juan celebraba un acontecimiento fausto. Las calles, por lo común despobladas, se hallaban ahora atestadas de gente; á pie, en burros, á caballo y en coches, habían acudido multitud de personas de los pueblos vecinos y aun de la ciudad inmediata. El paseo del pueblo estaba inundado de flores; las campanas repicaban sin darse punto de reposo; las muchachas lucían sus mejores trajes, pero todas iban por lo común enlutadas y con la clásica mantilla. Los chiquillos disparaban cohetes en la Plaza; los hombres y los ancianos formaban numerosos corrillos; una sola era la conversación general; sin duda hablaban de un suceso importante. ¿Qué había sucedido? Juan, al volver del monte con su carga de leña, lo ignoraba todavía; cuando llegó á la plaza de todo se enteró. Colocada aquella misma mañana la imágen de San Sebastián en el altar mayor de la iglesia, el santo se había pasado todo el santo día haciendo milagros; dos jóvenes que entraron cojos en la iglesia salieron de ella tirando sus muletas; tres ciegos recobraron la vista; verdad que los cinco inválidos eran forasteros, y que, á excepción del cura y el sacristan, nadie los conocía... pero el milagro no había sido menos patente por eso. Además, ¿quiénes mejor que los mismos inválidos podian declarar su milagrosa curación?

El pueblo, agradecido al santo, decidió sacarle en procesión, y hacer luego una colecta entre los creyentes para costear una función religiosa; de esto se trataba cuando llegó Juan.

Consultado éste, manifestó su deseo de ver al santo y á los enfermos, tan repentina como maravillosamente curados. Estos, como diría *La Correspondencia de España*, no pudieron ser habidos. Pero el santo estaba allí, en el altar mayor, y los devotos y devotas lloraban de ternura. ¿Quién sería osado á dudar de sus milagrosas virtudes? Todo el pueblo lo había presenciado; los cojos habían corrido, los ciegos habían recobrado la vista. Juan logró penetrar dificultosamente en el templo, y llegando al altar miró también al santo; pero en su semblante no se reflejó un sentimiento de piedad sino una sonrisa irónica.

En aquel momento Juan, poeta por segunda vez, compuso la irreverente coplilla que sigue:

Glorioso San Sebastián,
Naranjo te conocí,
Los milagros que tu hagas
Que me los claven aquí.

Y esto pensando se llevaba la mano á la frente.

***

¿Tuvo Juan la imprudencia de decir esta copla á algún convecino?

No lo sé; pero puedo aseguraros que la coplilla hizo fortuna y se divulgó por todo el pueblo.

***

Con la fortuna de la copla comenzaron á coincidir las desgracias de Juan: los panaderos le compraban ya menos leña, el tendero le fiaba menos; algunas viejas, sin saber él porqué, le miraban con cierta prevención. Todo esto vino á reunirse con causas de tristeza para él mucho más hondas; su hijo mayor, cantador y guitarrista consumado, comenzó á dar escándalos en el pueblo y malos tratamientos á su pobre mujer, que era

una santa. La mala conducta de su hijo le tenía entristecido; su mujer enfermó; sus escasos ahorros tocaban á su término; su ideal constante, el de haber reunido para tener una huerta ó un jardín propio, resultaba imposible. Juan resolvió trasladarse á la ciudad inmediata, una de las principales de Andalucía: en ella le conocí cuando ya tenía esa edad en que como he dicho, no era viejo ni joven.

***

Juan halló pronto medios de vivir en la ciudad; sus conocimientos en botánica práctica le hicieron adquirir pronto algunos marchantes, es decir, familias que le encomendaron el cultivo y cuidado de sus jardines; Juan concibió por segunda vez la idea de poder reunir un capitalito para tener un pedazo de tierra *suyo propio*; para Juan, como para el aldeano ruso, la tierra debiera ser de quien la labra; pero Juan no era, ni con mucho, revolucionario, y no se atrevía á confiar á nadie este secreto; acostumbrado á servir desde pequeño, tenía el hábito de la servidumbre. Así que, habiéndosele presentado ocasión de entrar de jardinero en una dependencia del Estado, aquel hombre de campo aceptó el puesto y se dicidió á vegetar, pasándose la vida, eso sí, siempre en aquel jardín que él miraba como suyo, no para explotarlo, sino para defenderlo.

Juan tenía una numerosa familia; entre sus hijos había de todo, como en botica, pero por regla general eran derrochadores. *A padre guardador*... ya se sabe lo que dice el refrán; sus economías y las de su buena mujer no bastaban para ahorrar el capitalillo apetecido; la fuente de su casa tenía un surtidor relativamente grande por donde el agua entraba, mas ¡ay! que por desdicha tenía un orificio más grande de salida.

Sus esfuerzos y los de su mujer resultaban inútiles. Juan, al comprenderlo, se entristeció y empezó á perder cierta natural alegría que lo caracterizaba; mañoso como pocos y trabajador como ninguno, en balde dedicaba sus horas libres á cazar codornices, hacer jaulas de pájaros, pitos y redes, componer escopetas y relojes, puños de bastón y á ejercitarse en otras mil cosas que sabía. Sus hijos le derrochaban todo; la cuestión de no poder reunir para adquirir con el trabajo y el ahorro un pedazo de tierra, y la de no poder con el ejemplo guiar á sus indóciles hijos, le desesperaron.

Juan cayó en un estado de ánimo tristísimo, porque de él se apoderó una idea funesta; es inútil revolverse contra la suerte; es inútil batallar contra el destino; hay gente nacida para el mando y gente nacida para la obediencia; nunca llegará á cuarto el que nació para ochavo; oponerse al destino es dar coces contra el aguijón... Las plantas, los árboles son los amigos mejores del hombre; devuelven á éste en flor y en fruto el premio del trabajo y del amor. Los hijos, los hijos son más desagradecidos que las plantas...

Juan llegó á convencerse: su ideal era un imposible, y sin embargo, Juan no quería más que dos cosas en el mundo: un pedazo de tierra que labrar y que sus hijos fueran buenos. Pero era imposible conseguirlo; él no estaba *destinado* para esto, ¿á qué esforzarse en lo que no había de lograr?

El campo, el bosque, el monte se lo habían enseñado con aterradora elocuencia; árboles que nacen juntos desempeñan luego en el mundo muy diferente papel: esta irritante *diferencia* en lo que, á su juicio, debiera ser *igualdad*, constituye para él una ley de la vida, ley que pesaba sobre su razón como una losa de plomo; ley que expresó en esta hermosa copla que, á su muer-

te, se encontró en una cartera que sus mismas habilidosas manos habían fabricado; la copla decía así:

Hasta la leña en el campo
tiene su separación:
una sirve para santos
y otra para hacer carbón.

***

El pueblo cantando y los críticos eligiendo y consignando estas coplas en los cancioneros, acreditan que Juan del Campo era un poeta. El hombre, pensador reflexionando un poco, lamentará con nosotros el error de Juan, error que amargó su mísera existencia. El naranjo que adoraban en su pueblo en forma de San Sebastián, no valía, ni con mucho, lo que la leña seca que calienta y alumbra el hogar de una familia trabajadora.